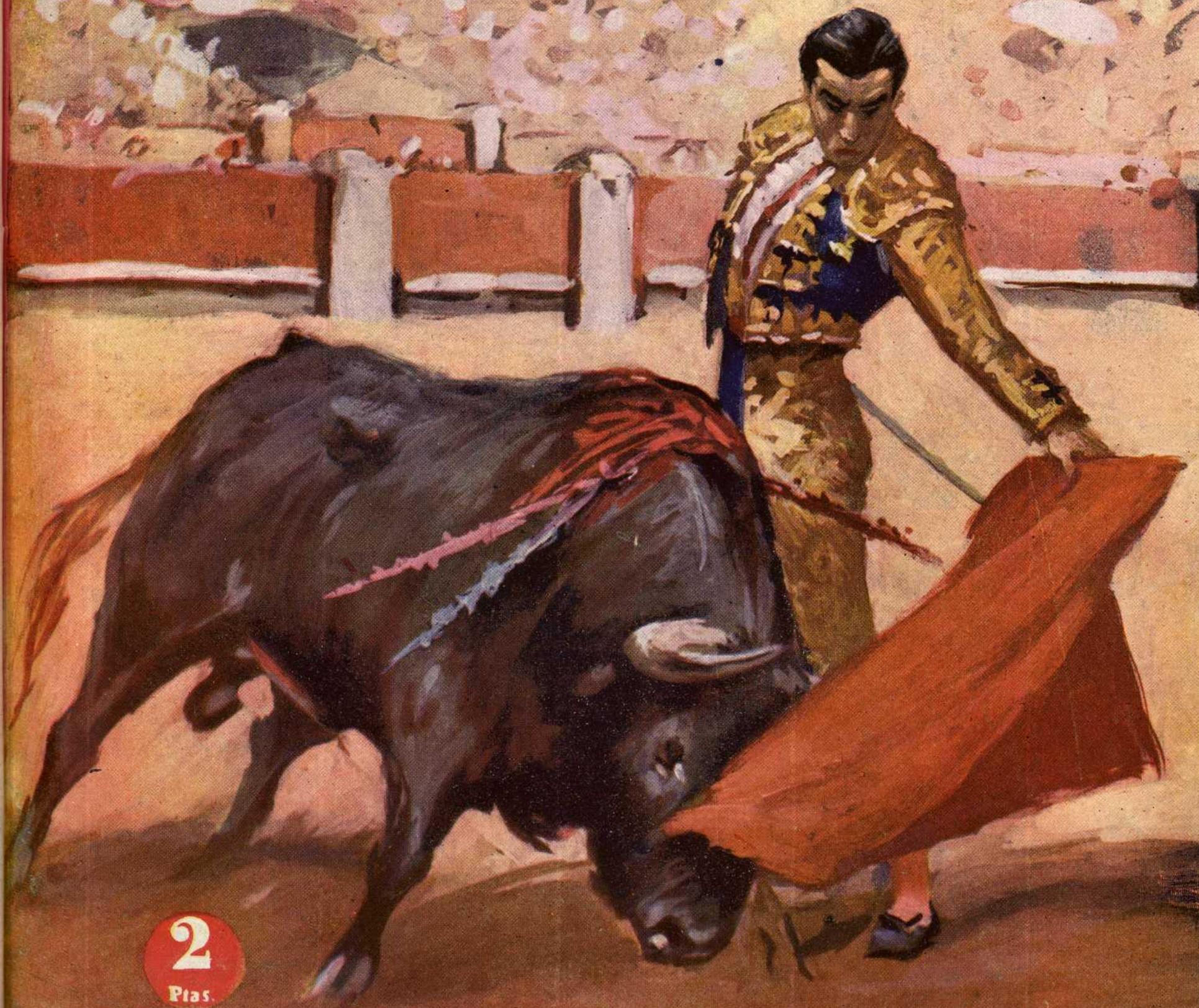


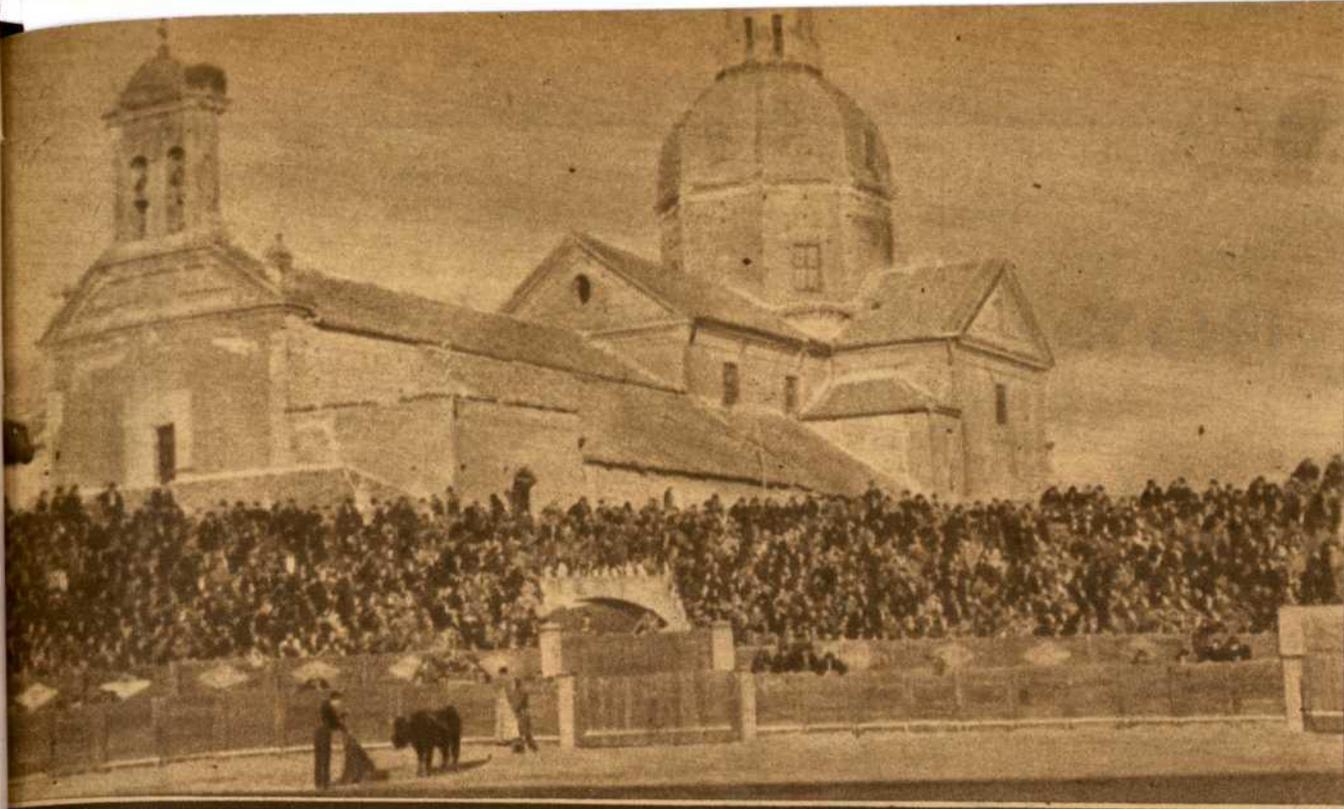
El Ruedo



2
Ptas.



Un alarde de caballista
(Dibujo de Enrique Segura.)



La estampa de la Plaza de Talavera de la Reina, con la iglesia al fondo, durante el festival celebrado a beneficio del Asilo de Ancianos



El momento de iniciar el paseo las cuadrillas. Al frente, Morenito de Talavera, Morenito Chico y Juanito Pérez

Los hermanos Morenito de Talavera, con Antoñete Iglesias, antes de dar comienzo al festival

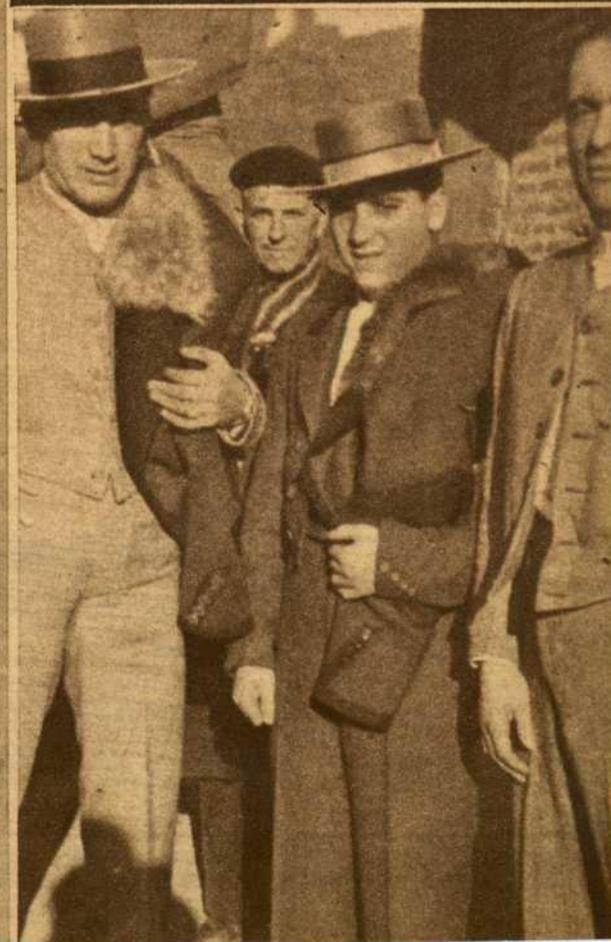


Morenito de Talavera, con el mayoral de la nadería, dando la vuelta al ruedo

Festival en Talavera de la Reina a beneficio del Asilo de Ancianos

(Información en las págs. 4 y 5)

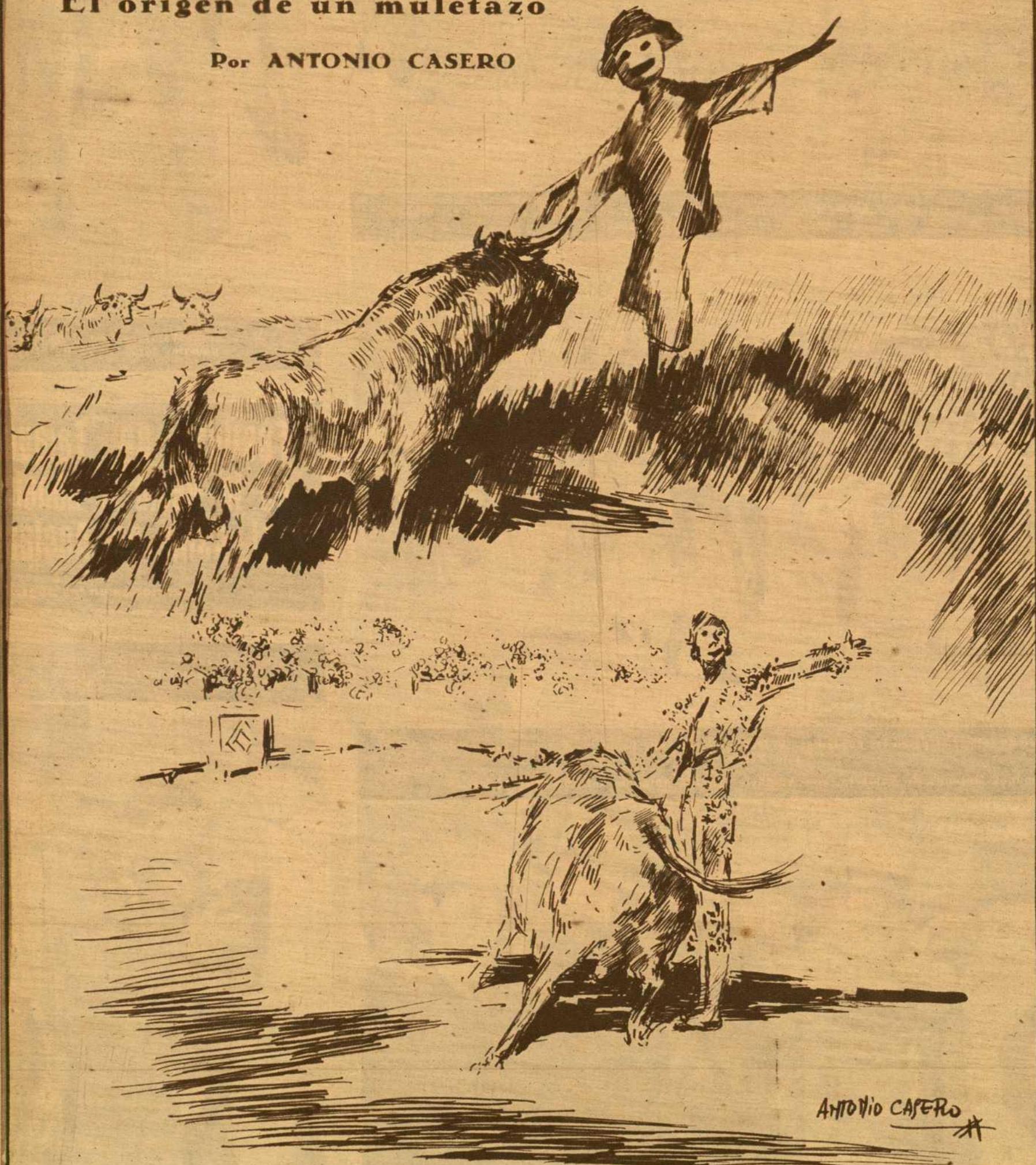
Los hermanos De la Casa, antes de saltar a ruedo para tomar parte en el festejo (Fotos Manzano)



AYER Y HOY

El origen de un muletazo

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO *



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



MUCHO tememos que ocurra, con el precio de las localidades, lo que la temporada última ocurrió con el toro, que después de tres o cuatro meses de campaña pro toro grande, salió el toro chico. Ahora es la economía de la fiesta lo que se nos ha planteado como tema de invierno. Muchas plumas se agitan alarmadas. Delante de todas, incisiva y tenaz, la de El Cachetero, a quien envió una noticia con

muchas posibilidades de que sea cierta: no hay nada de ese fantástico contrato de seis millones de pesetas por cincuenta corridas que tanto y tan razonablemente le alarmó como presagio de la próxima temporada en su aspecto económico.

Pero vamos a la campaña, que ojalá alcance alguna eficacia en bien de la fiesta y del público pagano. Al buscar la causa de la carestía, cada uno lo hacemos por un lado y cada uno creemos de buena fe haber acertado. Desde luego, que la diana en que se han clavado más dardos es en la de los honorarios de los diestros, y las olución propuesta con mayor número de asentimientos, es la de que intervenga en el asunto quien tenga autoridad suficiente para poner tope a todas las ambiciones.

(Otra solución la encuentran algunos en el propio público, que debería negarse a pagar los precios que se le exigen; pero esto nos parece tan difícil como aquella propugnada huelga de fumadores para hacer bajar a la Tabacalera sus famosas labores.)

Lo peor del caso es que el negocio de los toros, para todos sus posibles beneficiarios, salvo el Estado, está más cerca del fracaso que del éxito. En la misma temporada, unos empresarios se enriquecen y otros se arruinan; unos ganaderos venden todos sus productos y obtienen un buen margen de utilidades, mientras otros tienen que sacrificarlos en los mataderos con graves pérdidas, y de los diestros no digamos, pues para los cuatro o seis que a lo largo de veinticinco años surgen y escalan las cumbres de la fama y de la fortuna, varios centenares se hunden en el olvido y la miseria.

Con esta evidencia en los que se creen y son realmente ejes de la fiesta, ninguno quiere que se le escape la posibilidad de enriquecerse rápidamente, pues en la rapidez tan sólo está la única posibilidad del éxito. No se trata de un negocio firme, de esos que pueden explotarse varios lustros con matemático rendimiento, sino de otro muy distinto sujeto a las caprichosas veleidades del público, que hace y deshace reputaciones de una a otra temporada.

Así, pues, no creemos en lo que se pueda conseguir con nuestra campaña, coincidente en el hecho de la carestía, pero discrepante en las causas que puedan motivarla, y sólo confiarnos en la superior intervención que obligue a todos al sacrificio, empezando por el suyo propio, en beneficio del público. Reducir los impuestos en este caso, no es un proteccionismo a un determinado negocio, sino predicar con el ejemplo

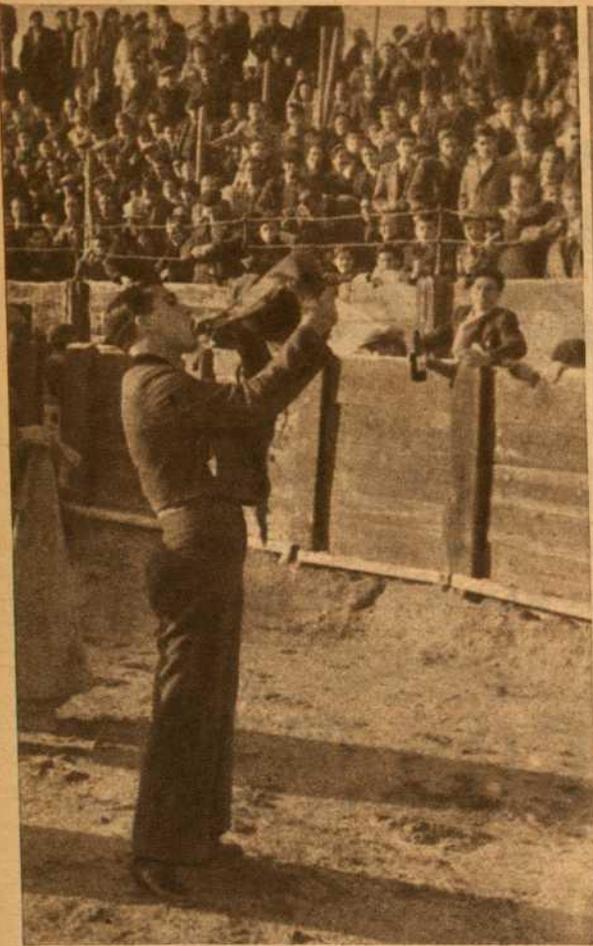
Año III → Madrid, 10 de enero de 1946 → Núm. 81



LOS TRIUNFADORES DEL DOMINGO EN LA PLAZA DE EL TOREO DE MEJICO

Pepe Luis Vázquez y Fermín Rivera, que obtuvieron un gran éxito el domingo pasado ante el público mejicano. El primero, a quien le tocó el peor lote, estuvo muy torero y dió vueltas al ruedo escuchando petición de oreja. El mejicano tuvo una tarde de apoteosis, cortando las orejas en sus dos toros.

FESTIVAL EN TALAVERA DE LA REINA A BENEFICIO DEL ASILO DE HUERFANOS



Morenito Chico hace un alto en la vuelta al ruedo para beber en la bota de un aficionado



Juanito Pérez, en la faena de mulata a su novillo



Morenito de Talavera devuelve un sombrero durante la vuelta al ruedo que dió



Los tres matadores y el mayoral de la ganadería salen al tercio a recibir las ovaciones del público que llenaba la Plaza



Morenito Chico, en un ayudado por bajo



Morenito de Talavera, en un pase por alto

ARTE Y CARIDAD EN



Morenito de Talavera

EN la vieja Plaza talaverana, en la festividad de Reyes, un matador de toros —Morenito de Talavera— escribía una hermosa y ejemplar lección de caridad.

Morenito se había acordado de los niños pobres y de los ancianos del asilo de Talavera: de su pueblo. Buena fecha ésta para recoger, al margen de la fiesta misma, un sentir humano. Dejar correr el corazón para dar con ilu-

sión, no la moneda fría del donativo, sino el mismo corazón, en un festival en el que se jugaba a la vida y a la muerte. Porque jugar a la vida y a la muerte es lo que hizo Morenito ante el asombro de sus paisanos. En la vieja Plaza talaverana se lidiaron, en la festividad de Reyes, dos toros de trapío y de verdadera romana. Y se lidiaban con traje campero y bajo el marco emocional y emocionado de la Plaza, totalmente llena, con el afán de que el bello gesto del diestro adquiriese una razón o una forma económica.

Pero si destacamos el nombre del famoso matador, organizador del festival, tampoco podemos olvidar a los que con él corrieron el mismo riesgo, Juanito Pérez y Morenito Chico. Igual que el Conde de la Corte, que cedió, desinteresadamente, el ganado.

Fiesta bella y desinteresada, en una tarde

Morenito de Talavera, Morenito Chico y Juanito Pérez



Acompañados de las señoritas que presidieron el festival, algunos de los ancianos del Asilo dan la vuelta al ruedo

D EN TALAVERA

fria y a la vez ardiente en los corazones. En el ruedo, unos hombres bordando en el peligro todo su arte taurino. Faenas repletas de emoción. Como el torero podría soñar para sus días grandes. Orejas, rabos y salida en hombros, bajo una fronda de aplausos y de gritos jubilosos.

En la primera parte del festival lidiaron dos novillos Morenito Chico y Juanito Pérez. El primero toreó magníficamente su novillo y realizando una gran faena de muleta. Juanito Pérez, que le tocó un novillo muy quedado, lanceó superiormente, y con la pañosa estuvo muy valiente y torero.

Morenito de Talavera, seguidamente, lidió sus dos toros. En el primero, bravísimo —un toro de escándalo—, Morenito le toreó con la capa con gran temple. Con las banderillas, Morenito entusiasmó a los aficionados, y con la muleta se arrimó mucho, en una gran faena.

En su segundo, Morenito alcanzó también un gran triunfo. Una faena en la que los pitones rozaban la camisa del torero. Valiente y torerísimo.

Terminado el festival, el entusiasmo popular se desbordó, sacando en hombros a los tres matadores triunfadores, en la fría tarde talaverana, por partida doble. Como toreros y como hombres. Arte y caridad en la festividad de Reyes.

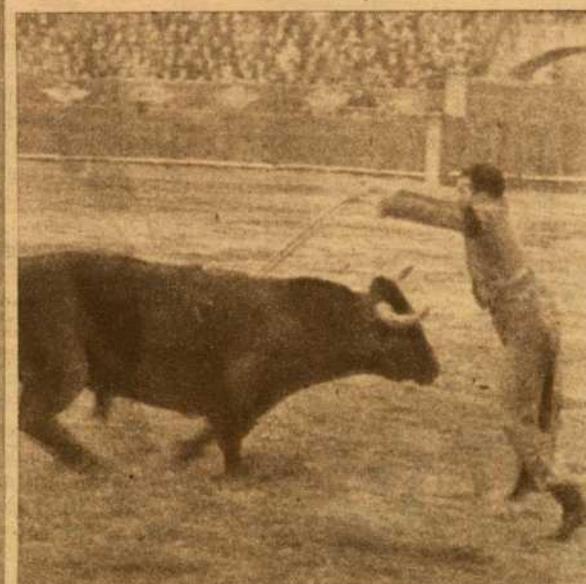
C. E. F.



Morenito Chico



Morenito Chico, al dar un natural a su novillo



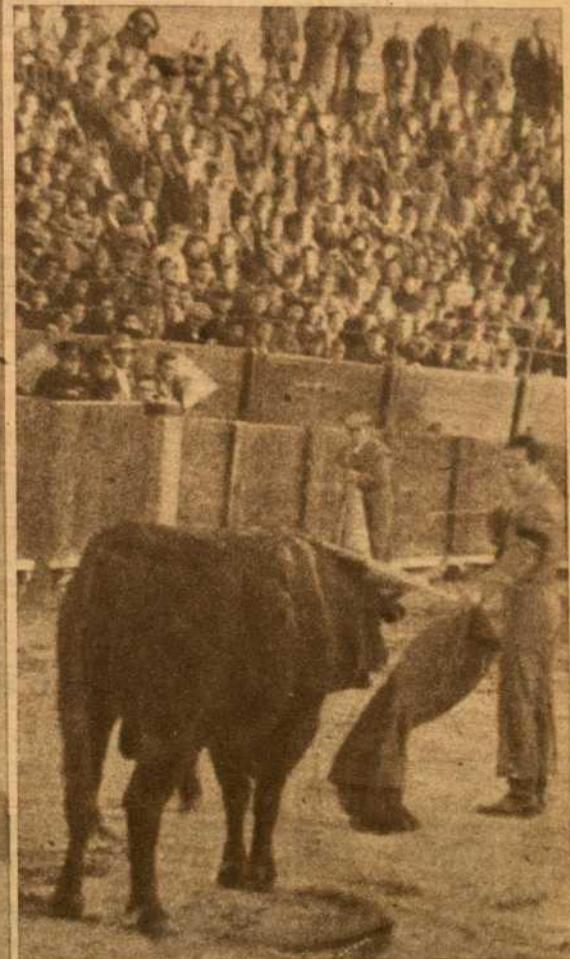
Un magnífico par de Morenito de Talavera



Juanito Pérez, con la oreja cortada a su enemigo, da la vuelta al ruedo



Los cueros, tratan de levantar al caballo



Morenito de Talavera, al perfilarse para matar a su toro (Fots. Manzano).

NUESTRA CONTRAPORTADA

FAUSTO BARAJAS SANCHEZ



NACIÓ en Madrid el 13 de enero de 1902. Cuando Fausto era niño, su hermano Basilio trabajaba como monosabio y poco después ascendió a jefe de caballerizas. Más tarde, Basilio fué rejoneador y se quedó con la contrata de caballos. Sin duda, las actividades de Basilio influyeron en el porvenir de Fausto, quien, un niño aún, empezó a salir en la Plaza de Madrid como monosabio.

El 5 de septiembre de 1918 actuó Fausto en una becerrada nocturna en Madrid y el 7 de septiembre se presentó como novillero en la misma Plaza, alternando con Antonio Sánchez y José Carralafuente, en la lidia de seis novillos de Albaserrada. Demostró en aquella corrida que era un banderillero excepcional

y un torero discreto. Toreó mucho y en 1921 llegó a actuar en 41 novilladas.

El 30 de agosto de 1922, después de haber toreado 27 novilladas, Sánchez Mejías le dió la alternativa en Linares, cediéndole el toro Sevillano, de la ganadería de Campos Varela. Alternaron con ellos Marcial y Pablo Lalanda. El 1 de octubre del mismo año, Juan Luis de la Rosa debió confirmarle la alternativa en Madrid, con toros de García de Resiná; pero al clavar un par de banderillas al primero fué cogido y no pudo continuar la lidia. En 1922 toreó 15 corridas.

En 1932 sólo toreó una corrida, y se dedicó, a partir de entonces, a negocios taurinos, entre ellos las representaciones de empresas y ganaderías. El 24 de septiembre de 1934 acompañaba a la empresa de Zaragoza a El Escorial, con el fin de elegir una corrida de Villagordo. En el coche que viajaba Barajas iba el empresario de la Plaza de Zaragoza, don Celestino Martín, el crítico zaragozano Fernando Soteras (Juan Gallardo) y un hijo de éste. En otro coche iba, entre otras personas, nuestro director don Manuel Casanova, por entonces director de *Heraldo de Aragón*. El chofer del coche en el que viajaba Barajas vió que en el paso a nivel que debía cruzar había gran movimiento de trenes y conocedor de aquellos parajes, quiso hacer el cruce por otro paso que, a su entender, estaría libre. Tuvo la mala fortuna de intentar el cruce en el momento en que pasaba un tren a gran velocidad. El coche fué arrastrado por el tren largo trecho. Murieron en el acto Fernando Soteras y el chofer. Fausto Barajas quedó muy gravemente herido; don Celestino Martín, herido de gravedad, y el hijo del periodista Soteras, con heridas de poca consideración. Los ocupantes del segundo coche se hicieron cargo de los heridos y dieron cuenta a las autoridades de El Escorial de lo ocurrido. El cadáver de Fernando Soteras fué trasladado a Zaragoza.

Fausto Barajas fué trasladado a Madrid y, aunque fué atendido por los más notables médicos, falleció el 18 de octubre a consecuencia de las heridas recibidas en el referido accidente.

Como queda dicho, fué un extraordinario banderillero; pero no llegó a ocupar el puesto que por sus facultades y afición cabía esperar, pues aunque fué valiente, nunca llegó a ser buen muletero.

B.

UNA FECHA LUCTUOSA

El día 13 hace treinta y nueve años que fué cogido y muerto en Méjico Antonio MONTES



Momento de la cogida de muerte de Antonio Montes

EL día 13 de enero de 1907 toreaban en la Plaza de Toros de la capital de Méjico Antonio Fuentes, Antonio Montes y Ricardo Torres. Era la segunda vez que se presentaban juntos en dicha Plaza los tres diestros españoles. Exactamente un año antes habían lidiado toros de Piedras Negras; uno de éstos había herido gravemente a Bombita al intentar dar un cambio de rodillas.

El primer toro de esta segunda corrida era de Saltillo; dió lugar a una magnífica faena de Fuentes, quien tenía en aquel público numerosos y entusiastas partidarios.

Correspondió lidiar después un toro de Tepeyahualco. Antonio Montes, celoso del éxito de su compañero, empezó a torear con el capote tan metido en

el terreno del toro, que éste le empitonó, afortunadamente sin causarle más daño que la rotura de la taleguilla, destrozos que reparó el propio Montes atándose un pañuelo.

Siguió haciendo alardes temerarios de valor en el tercio de quites, y con la muleta levantó al público de los asientos, considerando inevitable la cogida.

Antonio Fuentes, que seguía la lidia, observó que el toro humillaba mucho y se defendía alargando el cuello, por lo que debía entrársele a matar con rapidez.

Por eso, cuando vió a Montes ir a perfilarse, le gritó:

—¡Aligerá!...

Nunca lo hubiera dicho. El exagerado amor propio de Montes no admitía consejos de nadie. No hizo caso, y, dejándose ver, entró despacio y por derecho.

Sobrevino lo inevitable. El toro alargó el cuello, y cuando le entraba el acero en el morrillo, prendió al espada, lo levantó, tirándolo al aire, para volverlo a recoger a la vez que le metía toda el asta en la piana izquierda.

Al mismo tiempo rodaron por la arena: el toro, muerto y hecho una pelota; Antonio Montes sangrando terriblemente.

Se le llevó a la enfermería. Uno de los mozos, cuando salió, llevaba completamente rojo de sangre su pantalón blanco; de tal modo impresionó esto al público, que le obligó a retirarse.

Fuentes, que se dió cuenta de la desgracia, apoyó la cabeza en la barrera y se echó a llorar. Bombita no acertaba a moverse, a causa de la tremenda impresión. Pero había que dominarse, y siguió la corrida; y tanto Fuentes como Bombita, sobreponiéndose a la emoción, tuvieron una de sus mejores tardes.

En la enfermería hicieron la primera cura a Antonio Montes, trasladándose luego al hotel. En los dos días siguientes apareció una ligera mejoría, que, desgraciadamente, no continuó. El jueves 17 de enero de 1907, después de recibir los Santos Sacramentos, Antonio Montes dejaba de existir.

El cadáver, seguido de un enorme acompañamiento, fué llevado al cementerio, donde quedó depositado hasta el día 26, en que había de ser llevado a Veracruz, para embarcar sus restos hasta España, donde habían de reposar definitivamente.

Unos cirios alumbraban el féretro. Y ocurrió que el día 23, por la noche, uno de esos cirios cayó sobre uno de los paños, prendiendo fuego a la seda del ataúd, y luego a la caja. Cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, el cuerpo del infortunado torero estaba casi carbonizado.

Se recogieron los restos de aquel desgraciado, guardándolos cuidadosamente en un arcón, que se embarcó en el *Manuel Calvo* hasta Cádiz. Desde allí el vapor *Cristina* lo transbordó por el Guadalquivir hasta Sevilla, donde fué definitivamente enterrado.

ALFREDO R. ANTIGUEDAD



Inocente
es el vino para coppear

VALDESPINO
JEREZ

Aquí tenemos al barón de Vechio. El barón de Vechio es, ni más ni menos, el famoso actor Nerio Bernardi, a quien muchos críticos consideran como el mejor intérprete europeo de Shakespeare. Nerio Bernardi nació en Bolonia y, sin precedentes artísticos en su familia, sintió desde muy joven la vocación teatral. La carrera de Medicina fué abandonada por Nerio, llevado de su decidido propósito de dedicarse a la interpretación. Ha alcanzado renombre y fortuna. Ha trabajado con Emma Gramática y con Cecile Sorel. Le han visto todos los públicos de Europa. Ha sido protagonista de una treintena de películas. Conoció a Greta Garbo en Suiza y a Marlène Dietrich en Austria. Y es un excelente amigo de España. Su simpatía por nosotros es de antes de que tuviera ocasión de conocer nuestro país. Le nació a través de nuestra Literatura y ella le llevó a incorporar a su repertorio obras españolas, como «La noche del sábado», «Canción de cuna» y «Madre Alegría». Nerio Bernardi tiene una vida intensa, una biografía llena de triunfos y de episodios dignos de ser contados. Pero nuestra conversación de hoy ha de ceñirse al tema taurino, en el que, por cierto, Nerio Bernardi tiene cosas muy curiosas por decir y también muy interesantes, por la fina observación que revelan.

Veamos, por ejemplo, qué impresión le causó el espectáculo de la Plaza llena de público.

—Lo primero que me recordó fué la estampa grandiosa de los miles de espectadores congregados para ver «Otelo» o «Romeo y Julieta» en una representación al aire libre. Comparé la situación del torero, punto en el que se centra la atención de la multitud, con la del actor, declamando su parte, ante un mar de almas pendientes de sus palabras. Luego, saqué la conclusión de que al toro hay que interpretar, y de que su intérprete es el matador...

—Está muy bien visto eso. Pero hablemos de otra clase de impresiones. De unas impresiones... físicas, por ejemplo.

—Terribles. Yo concibo que quien se pone por primera vez ante esta fiesta de emoción y peligro insuperables, llegue a perder el control de sus nervios y caiga sin sentido, vencido por esa emoción, por ese choque terrible que experimenta el espectador no iniciado. Cuando yo venía para España, tenía la ilusión de ver cuanto antes una corrida de toros. Y así, a las dos horas de aterrizar en el aeródromo de Prat de Llobregat, mi mujer y yo estábamos sentados en nuestras localidades en la Plaza de Barcelona. Aquel día toreaba Manolete. Sin embargo, yo no pude ver a Manolete, sino hasta la temporada siguiente.

—A ver cómo me explica usted ese fenómeno.

—La primera corrida puede producir, para los que la presencian sin una preparación preventiva, esa impresión terrible de que le hablaba. La verdad es que yo traía la idea de que se trataba de un gran espectáculo folclorista. Pronto vi que no era así y en cambio le encontré parecido con la tragedia griega.

—Pero a lo que íbamos...

—¡Ah, sí! Es que mi mujer estuvo a punto de desmayarse y tuve que sacarla de la Plaza, después que arrastraron el primer toro. En fin, que salimos como loco..., lo

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO

Para NERIO BERNARDI los toros no son enemigos, sino amigos de los toreros



Nerio Bernardi

Lo más difícil de entender en la fiesta es su terminología



El barón de Vechio acompañado de Domingo Ortega

que no fué obstáculo para que al día siguiente, que había también corrida, estuviera yo otra vez en la Plaza. Ese día, Domingo Ortega cortó orejas, rabo y pata y yo salí ya ganado completamente por el arte, por todo cuanto de maravilloso tiene el espectáculo. Después, he procurado ir aprendiendo. He visto cuantas corridas he podido. Algunas magníficas, como

aquella en que actuaron en Madrid los tres hermanos Bienvenida y triunfaron con seis amigos.

—¿Qué dice usted?

—Es que yo, al toro, cuando es bueno, no le llamo enemigo, sino amigo del torero, puesto que le ayuda en su labor y coopera a su éxito. Ortega tiene la virtud de hacer amigo a cualquier toro que le suelten. Es un intérprete perfecto del toro. Un dominador como no he visto otro.

—¿Cree que en su país podría haber corridas?

—Repentinamente, no, puesto que no la comprenden.

Yo calculo que harían falta diez años antes de conseguir un resultado, es decir, antes de formar un público. Su fiesta es puramente nacional. Habría que gastar millones en formar esa afición, en crear un ambiente. Aunque, desde luego, tengo la seguridad de que, igual que a mí, les gustaría a mis compatriotas... ¡Si hasta ha habido un torero italiano! Lo que no recuerdo es cómo se llamaba. Claro que se trataba de un italiano que llevaba muchos años viviendo en España...

—¿Qué es lo que encuentra más difícil de entender en los toros?

—La terminología, que llevo estudiando con verdadero cariño. Leo todas las reseñas que se publican, tengo una modesta biblioteca taurina; pero aun hay palabras cuyo significado se me escapa, palabras que sólo se emplean para hablar y para escribir de toros y que tienen, frecuentemente, una interpretación cabalística. Compro todo cuanto cae en mis manos para irme instruyendo, pues éste es un espectáculo en el que cuanto más se sabe más se ve.

—¿Y en la práctica, ha hecho usted algo?

—No me he atrevido a ponerme delante de un becerro; pero toreo a mi perro en la terraza de casa y ensayo todo lo que veo hacer en la Plaza. No se crea que mi perro es un animal inofensivo. Manolo Escudero se confió con él, le dió tres pases, se volvió para felicitarle por la bravura del animal y éste se arrancó de nuevo y le traspasó la mano con un colmillo.

—Mala suerte.

—El no lo creyó así, porque luego toreó en San Sebastián con la mano vendada y cortó dos orejas. Y a poco, con el vendaje puesto aún, salió en Madrid y cortó otra. Los dos toreros que yo conozco fuera del ruedo son Escudero y Ortega, que fué huésped mío en Aranjuez. Son dos personas, ¿cómo le diría?, dos señores que saben estar en cualquier ambiente. Saber estar es una de las cosas más difíciles de conseguir en esta vida.

—¿Tiene algún proyecto artístico relacionado con el arte de Cúchares?

—En el teatro he hecho el papel del viejo Nemesio en «Madre Alegría». Esta obra, que como usted sabe tiene una buena parte de ambiente taurino, quisiera representarla ante el público español antes de volver a mi patria. Para ello la estoy estudiando ahora en su idioma original.

—Pues que llegue a ser un hecho y obtenga usted el triunfo que se merece.

—Es una idea que acaricio con verdadera ilusión. Quisiera ofrecer algo a este público tan inteligente y comprensivo.

RICARDO ARMENTALES

AL BONI LE HAN HECHO UNA ESTATUA EN MEJICO

El motivo ha sido su especial toreo de capa

UNA estatua se erige a quien ha triunfado por su arte. Un monumento para perpetuar una tarde no se ha dado aún. Y las faenas han quedado siempre en la historia, como hazaña gloriosa de quien es capaz de entusiasmar a las multitudes. Consecuencias de esta admiración general de un proceso artístico, haciéndose acreedor a ello quien supo mantener el triunfo.

Las campañas taurinas reservan estos motivos de admiración. Y entre tanto lo formado alrededor de la fiesta llega de vez en cuando este momento, que establece y da personalidad a una figura, por el esfuerzo y la afición de quien se enfrenta a un toro.

Rafael Perea, Boni, muletero y artista con la capa, había dado en España todo el arte que poseía. Estaba ya pasado como novillero y se mantenía en plan mandón, exclusivamente por la personalidad que poseía. Méjico nos lo ha descubierto de nuevo, en la primera salida que ha efectuado el Boni, cuajadísimo y con un sitio para figurar entre los espadas actuales.

Cuando el toro, encontramos una facilidad grande en su actuación. El toro, por difícil que sea, sabe ajustarse a la lidia que impone el diestro, y su temple, corriendo la mano con elegancia y ritmo, hace que el bicho pase suave, embobado en el dominio del lidiador.

Muchos diestros han vivido años sólo y exclusivamente de un detalle o una tarde de éxito. Rafael Perea ha tenido poca fortuna en España, y Méjico, le ha brindado ese triunfo que él buscaba durante muchas temporadas para abrirse camino. Un quite en la arena de El Toreo bastó para que se le considerase como la figura cumbre de muchos años. Los cronistas de la capital lanzaron sus elogios sin recato. Y Rafael, por su elegancia y arte, fué la revelación cumbre de la temporada novilleril.

"Torear así —decía una crónica— no se ve más que cada mil años..." Ante veinticuatro mil espectadores, con su frialdad característica y la timidez que respaldaba su lucha, se había encumbrado. Sclamante por un quite, el día 24 de junio pasado, la tarde de su debut.

"El quite de la época." Así fué llamado el momento en que intervino el novillero madrileño, para desplegar su capa, en unos lamices perfectísimos, elegantes, pausados y mandados. Su arte, puro, fino, clásico marcó una época en la historia taurina de Méjico.

Y aquel triunfo le dió ánimo para luchar. Había encontrado el halago que tantas tardes había buscado en los ruedos españoles. Y desde aquella tarde, Boni fué la figura máxima de la novillería que actuaba en Méjico. Lo que en

España no pudo alcanzar lo conquistó en los cosos aztecas. Y llevado de sus triunfos, alentado por las ovaciones, que cada tarde le respaldaban sus intervenciones, pensó, muy bien, tomar la alternativa.

Esto es lo que Boni precisaba. No requería su arte más enseñanzas. Todo cuanto precisa un artista lo poseta ya. Por tanto, había que decidirse, de una vez, para volver a España a respaldar aquellos triunfos, tomando la alternativa y confirmándose en Madrid.

"Uno de los mejores toreros que ha pisado la arena de El Toreo, Boni, salió en hombros por un glorioso quite que ejecutó en el octavo toro de la tarde..." Así, con esta pasión, se enjuiciaba la actuación del novillero, que en Madrid posee un gran cartel y que los percances cortaron su triunfal carrera.

SUS EXITOS EN ESPAÑA

Boni ha sido de los triunfadores. España lo ha aplaudido incesantemente y siempre asombró por la pureza de estilo y conocimiento de las respectivas suertes.

Algo inexplicable para quienes conocen a fondo las calidades artísticas del madrileño, frenaban su carrera. Influidan las cogidas. Desde 1934, en que vistió por vez primera el traje de luces, el Boni fué superándose. Momentos tuvo en que las cogidas lo apartaron largamente de la lucha. Pero esa misma frialdad que posee le dió firmeza para continuar...

Al contrario de muchos, el novillero madrileño no buscaba ganancias. Junto a su protector, el banderillero, primo hermano y al mismo tiempo cuñado, no sentía las inquietudes de la vida.

El Boni, cuando la juventud se siente halagada por la posesión de unos billetes, éste volvía a su casa con la cantidad que le habían dado al salir de ella. Por tanto, sentía la afición a los toros en distinto plano que otros. Lo había vivido y gustaba de los placeres que proporciona el toreo.

Luego, los triunfos. No sentía vanidad por los éxitos, y las oportunidades que le brindaron para tomar la alternativa las desechó..., por miedo.

¿A qué? Al fracaso. Esto influyó enormemente en su temperamento. Y dejó pasar el tiempo. Siempre a la espera del momento oportuno. Sin forzar las cosas...

En los diez años que actuó por las distintas Plazas españolas, alcanzó triunfos resonantes. Con Angelete y Dominguito la tarde en que debutó Luis Miguel, no cortó orejas. Pero sus lances dieron mucho que hablar... por largo tiempo



La Maqueta anticipa lo que será la obra cuando se funda en bronce. El artista trabaja en los últimos detalles

Siempre, bajo la dirección de su maestro, Boni el banderillero, dió paso al tiempo. No le cegaron los triunfos ni los elogios. Escuchaba impasible todo cuanto se decía en torno a su figura y arte.

Mánolete, Pepe Luis Vázquez, Angelete..., cuantos hoy figuran como matadores, llegaron. El se limitó a esperar.

Hasta el momento actual. Que ha llegado para él con todos los pronunciamientos favorables.

Ahora, al regresar a España, su carrera artística tomará un nuevo rumbo. Para cuajar en matador de toros.

EL MONUMENTO AL BONI EN LA NUEVA PLAZA

Méjico va a inaugurar su nueva Plaza. El coso mejicano tendrá cábida para cuarenta y cinco mil espectadores, y para adornar el edificio taurino de la capital azteca se va a colocar un determinado número de figuras que registren los momentos más interesantes de las faenas realizadas en El Toreo. El artista catalán Alfredo Just es el encargado de realizar la obra, y Boni, el novillero madrileño, ha dado motivo para una que perpetúe la verónica, inmortalizada por el artista catalán, que sintió la mayor emoción de su vida la tarde que el novillero madrileño debutó en el ruedo mejicano.

Esa verónica excepcional, que no se recordaba ya hace tiempo en las Plazas de Méjico, la dió Rafael Perea, Boni.

El artista del capote posa frente a Alfredo Just, el escultor que adornará la nueva Plaza mejicana. Un torero convertido en tema que surge junto a la obra. La verónica en plena languidez..., y el escultor, corrigiendo en cada sesión los adornos de esa chaquetilla que tiene vida por el arte de un gran artista.

En esa estatua se revive la belleza del lance. Se inmortaliza la verónica, y se siente hondamente la emoción de suerte tan admirada.

PROYECTOS PARA LA PROXIMA TEMPORADA

Los éxitos alcanzados en su campaña de novillero, y posteriormente como matador, cambiará el rumbo artístico del torero español que va a tener una estatua, como figura decorativa en la nueva Plaza.

Por los triunfos de Méjico va a tomar la alternativa en España. Su regreso es inmediato, y está pendiente de volver por los contratos que la Empresa le va a firmar para la próxima campaña de toros en Méjico.

Y nuevamente en España, el Boni, con nueva moral, escalará los puestos reservados a los ases. Aquí tiene ambiente. Y solamente con que repita el triunfo de su presentación en El Toreo, el aficionado español contará con otra figura más para la gran lucha taurómaca.

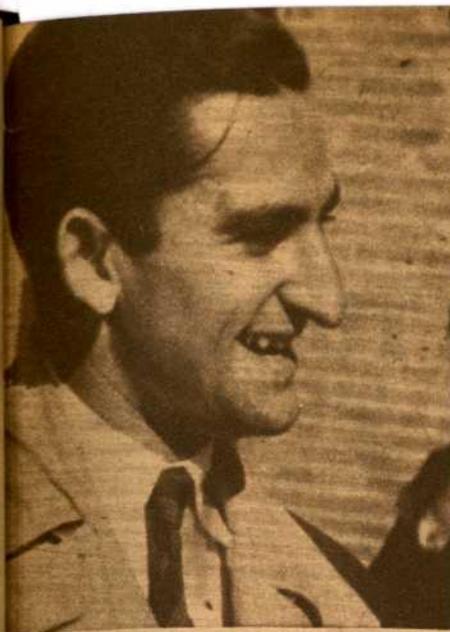
JOSE CARRASCO



El torero se convierte en tema y surge la obra. Los brazos, en perfecto movimiento, cuajan una verónica. El escultor catalán Yust corrige los adornos de la chaquetilla

JUANITO BELMONTE VIAJERO DE CLIPPER, RUMBO A LIMA

«Lo interesante es torear mucho, pero hacerlo en España» — dijo el diestro sevillano



Juanito Belmonte, momentos antes de partir para América



Unos momentos de conversación antes de tomar el avión

«Lo interesante es torear mucho... pero torear en España, porque es aquí donde vale. El aeródromo está ya a la vista. Ahora marchamos más despacio, por una pista sin asfaltar. Un minuto más tarde, y el coche se detiene. Hemos llegado. Juanito Belmonte consulta nuevamente su reloj.

—Tenemos tiempo—dice con un suspiro.
Ahora, la charla es general. Alguien deja caer la pregunta:
—¿Seguirá la próxima temporada el encarecimiento de la fiesta?
Juanito Belmonte contesta con gran rapidez:
—Yo creo que no. Los precios actuales tienen que desaparecer, porque lo más urgente es frenar esta marcha desorbitada en la economía de la fiesta. Hay que volver al cauce... pero volver con prisas. Y todos debemos solucionar el problema con comprensión.
—Sin embargo —apunto—, ahora los subalternos piden una elevación en sus sueldos; y esto, ¿lo sacrificará el matador de su bolsillo o elevará él también su tarifa? Porque en este caso...
—Yo pienso —aclara— que esta petición de los subalternos es inoportuna. No es que yo quiera negarles nada, sino que más bien estimo que quizá tengan

JUANITO Belmonte consulta, con gesto premioso, su reloj de muñeca. El doctor Albers, adelantándose a su acción, dijo gravemente:

—Es la una y media. Faltan aún algo más de media hora.

El coche se deslizaba velozmente por la cinta de asfalto. En las cunetas, los árboles, con una franja blanca, pintada en la mitad del tronco, delineaban la fecta interminable. Un viento cello serrano, oclado de rondón por la ventanilla, hincaba sus púas heladas en nuestros rostros. Cinco personas, dentro del coche, veían discurrir el paisaje castellano: Joaquín Gómez de Velasco, el doctor Albers, Juanito Belmonte y el cronista. En el baquet delantero, nuestro fotógrafo.

Todos, en aquel momento, pensábamos lo mismo. En la despedida. Porque la meta de nuestro viaje era el aeródromo de Barajas. Allí diríamos adiós a Juanito Belmonte, que se nos marchaba a Lima.

Podíamos pensar en lo mismo...

Al rato, pregunté...

—¿Para mucho tiempo, Juanito?

El hijo de Belmonte, se sonrió.

—Esta vez, no. Esta vez estaré ya con vosotros en el mes de marzo.

—¿Llevas muchas corridas con, tratadas?

—Tres. Las tenía firmadas hace un año.

—¿Y no toriarás más?

—Mis propósitos son otros. Sólo deseo torear esas tres corridas para volver pronto. Mi experiencia anterior ha sido dura. La temporada anterior regresé muy tarde, y no pude reaparecer en España, porque las ferias más importantes tenían ultimados sus carteles. Y esto es lo que quiero evitar. Y lo que evitaré, aun en contra de mis intereses. Lo inter-



El momento definitivo se acerca. Aun quedan los últimos abrazos

so, lo interesante sería formar de banderillero con los matadores del grupo especial, porque a tres mil pesetas por corrida, toreado cien corridas al año —las puede torear Manolito, Ortega y Arruza—, liquidarían la temporada con 300.000 pesetas de beneficios. Además, con todos los gastos pagados durante ocho meses. Como verás, el negocio es muy bonito, y esa cantidad, para los matadores de los restantes grupos, es casi astronómica. Me parece que el hecho queda bien probado. Si en el grupo especial se pueden permitir estas cosas, porque se gira sobre cifras fabulosas, en los demás grupos, donde los gastos son casi mayores, que los beneficios, ¿qué puede ocurrir?

Nosotros, que ni poníamos ni quitábamos prenda en el aumento, nos callamos. Con nuestro silencio, llegó la pausa.

—¿Sabes lo que me quedó libre, en una corrida que toré en una de las tres primeras Plazas de España?

Me encogí de hombros.

—¡Trescientas pesetas!

Estábamos ya muy cerca del avión. La escala metálica aun tocaba tierra.

Un empleado gritó:

—¡Señores pasajeros de Lisboa!

Juanito Belmonte fué el último viajero que se perdió en la carlinga del trimotor. Antes, con un abrazo, le habíamos deseado mucha suerte. El avión giró sobre unos metros de terreno y enfiló la pista de despegue.

Poco después, el trimotor era como un pájaro de plata inmóvil en el azul...

La Rosa de los Vientos, contemplaba indiferente la escena. Aquel servidor del aeropuerto, que hacia hablar a un juego de banderas, acababa de dar su último mensaje.

¡Avante! ¡Y buena suerte!

CRUZ ERNESTO FRANQUET

Junto al avión, en espera del momento de la marcha



razón. Pero el problema no es de dar o de regatear una petición. De lo que se trata es de aclarar ciertos puntos. Por ejemplo, somos muchos los toreros que no formamos en la categoría especial. Quiere decir esto que nuestros emolumentos no son iguales. Ni tan siquiera tienen esa escala progresiva que admitiese un gasto más. Muchos, como yo mismo, ganamos igual que antes del 36, pues el porcentaje de nuestra subida está equiparado con la subida de los medios de transportes, hoteles y esas mil minucias que rodean al matador, y que sólo él devenga por razón de cuadrilla. Yo creo que la petición de los subalternos no es muy oportuna, aunque el porcentaje de subida vaya de acuerdo con las categorías de los matadores. Además, que, en este ca-

Camino del aeródromo, Juanito conduce el coche (Fots. Manzano)



LA BANDA DEL HOSPICIO EN LOS TOROS

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE

DURANTE muchos años, mis primeros años de aficionado, la Banda de música del Hospicio madrileño era la encargada de amenizar las corridas de toros. Una hora antes de empezar la fiesta, los pequeños músicos, no muy bien uniformados, llegaban al ruedo, que tenía libre acceso para el público, y allá, en los tercios del 9 y del 10 de la antigua Plaza, instalaban sus atriles, formaban corro y, en medio el director, tocaban unas cuantas piezas "de su escogido repertorio", mientras la gente paseaba por el redondel.

Ninguna de las explicaciones que he oído acerca de la desaparición de esta entrada del público en el ruedo me ha satisfecho. Hasta me han hablado de moralidad y todo. Creo que no hay ningún motivo para semejante prohibición. Se ha quitado caprichosamente un aliciente y un encanto, pequeñitos, pueriles, si se quiere, pero evidentes. El concierto de la Banda del Hospicio, antecedido a la fiesta, predisponía el ánimo. Eran siempre aires alegres los que interpretaban los músicos, "pot-pourris" de zarzuelas en boga, pasodobles, canciones de la cupletera de moda. Y la gente se sentía torera. Pisaba la arena que momentos después pisarían los toreros famosos. La juventud se entretenía en saltar la barrera. Algún que otro talludito también probaba la elasticidad y ligereza de sus músculos. Y allí, en el mismo terreno, se recordaban faenas célebres o cogidas graves. Ante la puerta de los toriles, el que más y el que menos pasaba lanzando miradas a los cerrojos, a ver si estaban bien seguros, por si acaso. Y todos decían lo mismo: "¡Mira que si ahora saliera un berrendo en negro, vaya susto!" Como es natural, las mujeres eran siempre las más temerosas, y se agarraban fuertemente al brazo de su marido o del novio, quienes sonreían como si fueran Frascuelo. La puerta de la enfermería estaba contigua a los toriles. Tenía un enrejado pequeño en su parte superior. Y los papanatas, subidos en el estribo de la barrera, clavaban sus ojos en el enrejado oscuro, como si se pu-

diera ver el hule, aquel hule que antaño cubría las camas de operaciones. Los tendidos se iban llenando; y los que deambulaban por el ruedo se sentían mirados, y, sin quererlo, adoptaban un pasito jacarandoso, y si distinguían a un amigo en la fila tercera, le saludaban con la mano derecha extendida cortando el aire, que es un saludo muy torero él. Nunca faltaba un chistoso que desde el tendido lanzaba un ole estentóreo, dirigido a un espontáneo que, a la atmósfera y en las tablas del 2, estaba dando un pase natural que ni

no existían burladeros más que en el caso de exigirlos algún torero, resentido o convaleciente de una cornada.

La música seguía entonando sus alegres aires hasta diez minutos antes de la hora señalada para comenzar el festejo. Muchos se retiraban del ruedo con ellos para colocarse sin prisas en su localidad; pero quedaban los recalcitran-tes, que, con una mano apoyada en la barrera y la otra en jarras, como si sostuvieran el capote de brega, miraban a

los tendidos como si fueran el primer espada. Y así eran felices. En esto, el presidente que agita su pañuelo. El toque de clarín y la desbandada general por la puerta más próxima. Muchas veces, al aparecer los alguacilillos por la puerta de Madrid para hacer el despeje, aun quedaba algún chistoso o algún ingenuo. A éste le percibía en seguida el público, porque, en su indecisión y azoramiento, no veía la puerta y apretaba a correr en dirección contraria, entre la ovación y la rechifla general.

En el ruedo quedaban trozos de programas, de papeles diversos, de periódicos. Las tardes que ame-

nazaba lluvia y hacía aire, el buen aficionado y algo meteorólogo pronosticaba el tiempo que haría en la corrida: primero, por si la bandera flotaba hacia dentro o hacia afuera de la Plaza, y luego, por cómo se arremolinaban los papeles, si en las tablas del 10 ó en las del 2. Los alguacilillos bordeaban la barrera, aventando los últimos efluvios de la muchedumbre que había llenado el ruedo. Y los que habían paseado el anillo de punta a cabo comentaban, al ver una colada peligrosa que sufría el matador junto al pilarote de la puerta de arrastre: "¡Fíjate, donde yo me senté en el estribo! ¡Si me llego a quedar, eh!"

Ya sé que sería inútil la petición de que de nuevo se abriera el ruedo antes de la corrida para el público, y, por tanto, me limito a añorar tal costumbre, desaparecida quizá definitivamente, como aquella "brillante Banda del Hospicio" que amenizaba las primeras corridas que presencié en la también destruida Plaza de la carretera de Aragón.



pintado. Ole que cortaba el natural en seco y que provocaba una mirada de odio terrible del frustrado torero, mientras exclamaba: "¡Quién habrá sido ese malange? ¡Maldita sea su estampa!"

Muchos se dedicaban a hacer observaciones muy superficiales, como: "¡Yo creí que la barrera era mucho alta!" "¡Oye: Pues sabes que desde el ruedo se distingue perfectamente a los que están sentados en los tendidos! A los de las andanadas, ya no. ¡Ahora me explico cómo nunca me ve un amigo mío que es banderillero!" "¡Hay que ver lo grande que es el ruedo! ¡Yo no comprendo cómo los toreros no acaban rendidos!"

Las puertas que conducían al patio de caballos y al desolladero estaban abiertas. A esta última dependencia acudía bastante gente a ver la romana, y los garfios relucientes para colgar las carnes descuartizadas de los toros, y los volquetes para llevarse los cadáveres de los caballos, y entraban y salían en los burladeros instalados allí, pues por esta puerta se retiraban del ruedo los toros devueltos a los corrales. Entonces, en el ruedo

A PUNTA DE CAPOTE

LA ARGENTINITA y su torera evocación de la fiesta

La orquestina del Trianón Palace, teatrillo enclavado donde hoy vemos el teatro Alcázar, preludia un pasodoble popularísimo hace años, gracias a una chiquilla danzarina que se hace dueña y señora del público con el primer balbuceo gentil de su arte fascinador. Aquella sala estrecha y larga como un túnel se nos presenta en el recuerdo abarrotada de un público ansioso de ver sobre las tablas el milagro de una criatura que ha oído elogiar en las peñas de los cafés, en las tertulias de los casinos y en los vestíbulos de los teatros. Yo asisto al espectáculo con el mismo curioso afán entre el público impaciente. No muy lejos de mí, columbro en la semi-

oscuridad de la sala la silueta extraña del nunca bastante llorado maestro Amadeo Vives. No faltan los hermanos Alvarez Quintero, ¡los tres!, Serafín, Pedro y Joaquín, en la tercera fila de butacas. Un golpecito amistoso en la espalda me hace volver la cara y saludo a Enrique de Mesa. En un palco veo el agudo perfil de incisivos salientes del noble *sportman* marqués de Cabriñana. Y en la sexta fila, butaca de pasillo, descubro nada menos que a don Santiago Ramón y Cajal, provisto de unos prismáticos. La hidalga prestancia del pintor y crítico teatral Alejandro Saint-Aubin se hace visible un momento en el acceso al patio de butacas, y entre cortinas entreveo, escrituradora, la silueta, rechoncha y optimista, de Moriones el empresario. Todo ello, aun siendo cosa de ayer mismo, es hoy ceniza aventada en los días de un Madrid tan cercano y lejano como la fantasmagoría de un sueño que se desvanece al despertar...

El telón se levanta sobre un fondo rojo de cortinas de seda. La orquestina inicia los primeros compases del conocido pasodoble. Un silencio expectante suspende nuestra sensibilidad en acecho. Y en el fondo de ese silencio oímos, procedente del escenario, murmullos de sonidos que son como fonemas de un idioma sin palabras... Cataratas de notas que taladran nuestra atención como las de una melodía el rollo de una piana... Con ese lenguaje se nos anuncia la artista repicando la gloria de sus castañuelas, y con él nos capta el espíritu suspenso... ¡Nadie ha tocado los palillos como Encarnación López, la Argentinita.

Hay un revuelo de faldas en la primera caja de bastidores... Asoma un pie... Unos brazos desnudos... El perfil negro y brillante de un sombrero ancho... ¡Ya ha salido! ¡Es ella!... La saluda un clamor... Por primera vez su imagen queda indeleble en nuestra memoria plástica...

¿Es bella esta muchacha? Seguramente, no. La Argentinita no es bella. Como Antonia Mercé, su predecesora, en el arte, en la vida y en la muerte, carece de la belleza puramente plástica que sólo podemos admirar en la impavidez de la estatua; mas como ella no es estatua, sino palpitante criatura viva, he aquí que su cuerpo adquiere la rauda belleza de la forma en movimiento: belleza en la gracia

del giro, en la cadencia de la curva, en el ritmo de la línea, en la vorágine que en vértigo nos arrebató; belleza tumultuosa de la vida, que multiplica, en el caleidoscopio de nuestra retina absorpta, mil Afroditas yuxtapuestas sobre un contorno estricto de mujer. Aquella Argentinita del Trianón resplandece en el recuerdo como un rayo de luz, que también la luz es movimiento del éter, como el color y el sonido...

Cierro los ojos y aun la veo en e contorno impreciso que dibuja y desdibuja la sensación de su presencia... Toda ella es ritmo, gracia, aire, *des-gaire* y *donaire*. ¿Cuál es el tema folk-

lórico que desarrolla su vuelo ingravido de mariposa? ¡Una corrida de toros! ¡Cómo describe, escribe, apunta, pinta, sugiere, esmalta y colorea los lances diversos de nuestra fiesta solar! ¡Con qué difícil facilidad insinúa la suerte de varas; y el quite estilizado en elegancias; y la media verónica subrayada por la revolera de la falda; y la chicuelina fina; y la gaonera ligera; y el cambio de suerte que junta los tobillos ambiciosos de subir en la pureza de su línea para acariciar con sus perfiles la morbidez de la pierna; y la cadera anfórica que quiebra la cintura grácil; y los brazos ebúrneos, cuellos de cisne, que clavan banderillas irreales!...

Airón y corona del instante lírico es la suerte suprema con su brindis, que nimba la radiosa figura con la ráfaga negra del sombrero, con su pase natural de curva perfecta, el de pecho que linda con la muerte y el molinete en torbellino de color... La fiera invisible recibe la estocada impalpable y con su testuz imaginaria acaricia los tacones brujos de la victoriosa bailarina, que puntean y respuntean en el tablado los últimos flecos y borlitas de una corrida de toros bordada en el velo inmaterial del aire...

El público del Trianón, público de teatro, tórname público de toros, trueca el ¡bravo! por el ¡ole!, y los sombreros vuelan al escenario con un aplauso universal.

A la salida sostengo con el maestro Vives este breve diálogo:

—¿Ha visto usted qué músicos tan malos?

—¡Si han tocado a maravilla, maestro!

—¡Pues ese es el milagro de esa chiquilla genial! A unos ejecutantes ramplones, que empiezan desafiando, los arrebató con el vuelo de su ritmo y los convierte en músicos maravillosos.

Encarnación López, la Argentinita, maga de la belleza en movimiento, ha querido inclinarse bajo tierra española en la inmovilidad eterna del no-ser... Yo ignoro si he logrado transmitir la emoción de mi recuerdo; lo que sí sé es que puse mi alma en la empresa y que con ella quisiera que estas palabras, humildes, siendo mías, fueran como un clavel sevillano sobre la tierra que la cubre.

FEDERICO
OLIVER



JUAN BELMONTE

Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso.



En su época de matador de toros, cuando los públicos se disputaban, Juan Belmonte, en una de las corridas en que tomó parte, entra a matar a su toro

EN la temporada de 1914 comenzó la competencia Joselito-Belmonte. En realidad, mejor sería decir la rivalidad entre "gallistas" y belmontistas. Porque, como en la mayoría de las competencias que registra la historia de la torería, antes que los diestros se enfrentaran realmente en los ruedos, ya se habían roto las hostilidades entre los partidarios de uno y otro.

A Belmonte le gusta recordar esa época ahora, cuando ya los años han puesto tanta lejanía entre el acontecimiento y su evocación, y nadie puede pensar que sus opiniones estén influenciadas por una modestia elegante o un apasionamiento natural y lógico.

El público de los toros —nos ha dicho Juan— quiere el estímulo de la rivalidad entre dos toreros. Por eso favorece y exagera hasta lo inconcebible la competencia; por eso pone tanta pasión en las discusiones... Claro que todo eso, a la larga, es el mejor ambiente de la fiesta. Siempre fué así. Desde la rivalidad entre Romero y Pepe-Hillo, que se comunicaban sus bravatas a través del maestro buitero, hasta Mandote y Arruza, pasando por Lagartijo y Frascuelo, Espartero y el Guerra, Bombita y Machaquito...

—¿Cómo empezó su competencia con Joselito?
—Fué en mis primeros tiempos de novillero, a raíz de mi triunfo en Sevilla, en julio de 1912. Joselito estaba a punto de tomar la alternativa, y por eso la competencia no llegó a formalizarse. En septiembre de aquél año se doctoró, en la Maestranza, José... Yo tardé un año en ascender a la categoría de matador, y esto hizo que no coincidiéramos en los ruedos hasta la temporada de 1914.

"LA GRACIA ESTABA EN TOREARLA ASÍ"

—Sin embargo —continúa Belmonte—, Joselito y yo nos habíamos encontrado varias veces antes de esa fecha. Creo que la primera vez fué en un tentadero... El era entonces el novillero mimado de los ganaderos. Yo, uno de tantos *maletillas* como acuden a estos festejos, con ansias de lucirse delante de los entendidos... Había saltado al ruedo una vaquilla muy codiciosa y con afilados pitones. Yo me dispuse a torearla en un terreno peligroso, y cuando ya la citaba con la muleta, of la vez de Joselito que me aconsejaba: "Por ahí no, muchacho... Que te va a enganchar..." En efecto, apenas arrancó la vaquilla, me di cuenta de que era difícil salir del trance airoso y nite. Me cogió y me lanzó por las nubes. Cojando, me levanté como pude, y volví a citarla en el mismo terreno. Esta vez, la res

Juan Belmonte, en la actualidad, dedica gran parte de su tiempo al cuidado de su ganadería



—Es verdad... —dijo Gallito.
—¿Cuál, cuál? —preguntó Belmonte.
—Por cierto —continuó Joselito—, que cuando lleguemos a Córdoba es menester que cada uno se marche a su vagón. Allí estarán algunos amigos de éstos y míos, y no está

pasó sin tocarme. Y en el mismo terreno le conseguí seis pases que pusieron en pie a los invitados. Cuando me retiraba hacia el burladero, me encaré con José y le dije, sin alterarme: "Ya sabía yo que me iba a coger...; pero la gracia estaba en torearla así". Joselito se puso muy serio y me volvió la espalda. Aquella lección delante de tanta gente le dolió, y durante algún tiempo, no supo perdonármelo...

—Después...
—Después fué otra cosa. Porque ni a uno ni a otro nos hacían perder la cabeza las frases ditiirámicas de la gente que rodea a los toreros. En más de una ocasión sé que le dijeron a José: "El día que tú quieras, acabas con éste..." Y él se sonreía. Lo mismo que hacía yo cuando alguno venía a verme, horas antes de la corrida, y, dándome un golpecito en el hombro, me animaba así: "Es menester que hoy le demos un buen meneo a ese niño..."

JOSELITO Y BELMONTE

En efecto, Juan y José sabían bien que nunca podrían considerarse vencedores absolutos en la discordia planteada. En el libro de Gómez Hidalgo, titulado "Juan Belmonte: Su vida y su arte", publicado precisamente en 1914, se dice, al hablar de la competencia entre uno y otro: "Belmonte vale, sin duda, más que Joselito... Pero queréis poner frente a frente, en la Plaza y en la calle, es temerario. Joselito es el torero que, con exposición indudable y todo, contrata noventa corridas y noventa torea. Belmonte, por el riesgo de su arte soberano, por fatalidad tal vez, no torea la mitad de las comprometidas". Esto no era del todo verdad, pero delimitaba muy bien los campos. Joselito era la más feliz culminación de un arte; Belmonte, su más audaz y patética expresión. Con todo, uno y otro llegaron a intimar, y, pasadas las primeras escaramuzas, fueron los mejores amigos. Tan leales que, en 1916, cuando la Asociación de Ganaderos puso el veto a Belmonte, a requerimiento del Duque de Veragua, Joselito fué el que medió, y gracias a su intervención eficaz, no sufrió Juan perjuicio alguno.

COMO SE MANTIENE LA COMPETENCIA...

La amistad, sin embargo, de Juan y José, no perjudicaba lo más mínimo la noble competencia entablada. En los ruedos y en la calle, ambos cuidaban los detalles, al parecer, más insignificantes, para que la pasión que en torno a la disputa existía no disminuyera.

En una ocasión —debió ser en los comienzos de la temporada 1917— vanían a Madrid, donde habían de lidiar al día siguiente una corrida de ocho toros (cuatro de Pablo Romero y cuatro de Miura) Joselito y Belmonte. En el mismo tren viajaban don Felipe de Pablo Romero y el hijo mayor de don Eduardo Miura. Apenas arrancó el expreso, el picador Gamero advirtió a José y a Juan que los ganaderos iban en un departamento próximo. Y uno y otro —que ocupaban lugares separados y distantes— acudieron a charlar un rato con los señores Miura y Pablo Romero. En lo más animado de la conversación, y al ver don Antonio Miura la sincera amistad de Joselito y Belmonte, interrumpió la charla con esta pregunta:

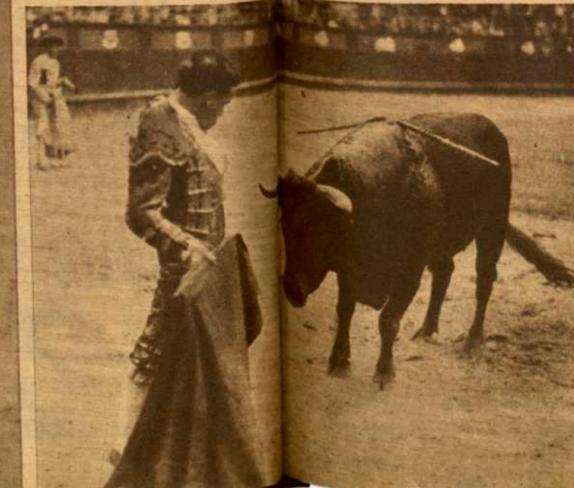
—¿Qué pensarían ahora esos grupos de incondicionales que habéis dejado en el andén de Sevilla, si os vieran en tan cordial y amistosa conversación?

VI

La competencia con JOSELITO.—Cómo cuidaban la rivalidad JUAN y JOSE.—El triunfo de BELMONTE—en la corrida de Miura de la feria abrileña. La apoteosis del 2 de mayo en Madrid



Arriba: Una fotografía de Belmonte en sus comienzos. Abajo: Un desplante de Belmonte.



razonable que nos van viajar y apeamos del tren juntos...

En efecto, antes de llegar a la estación coribuesa, José volvió a su departamento y Juan al suyo, para que no se escandalizaran los irreductibles bandos que defendían, en la Patria del Guerra, a uno y a otro...

EL BELMONTISMO EN ALZA

La temporada de 1914 marcó el alza inicial —luego habría, años después, otros momentos de gran apoteosis— del belmontismo. Juan comenzó en Barcelona, el 15 de marzo. Tuvo como compañeros de cartel a Cocherito de Bilbao y a Joselito. Y se lidiaron reses de Moreno Santamaría. La última corrida que toreó aquel año fué en Jaén, el 18 de octubre. Alternó con Posadas y Ostioncito, y se corrieron toros de Flores. En total, Juan mató ciento treinta y siete toros en las corridas que celebró en la Península. Y recuérdese que en Méjico, durante los meses de enero y febrero, había despachado este mismo año nueve corridas más... Fué un buen año, en suma, para el belmontismo, que registró jornadas tan memorables como la de la famosa corrida de Miura de la feria abrileña sevillana, y la del 2 de mayo en Madrid.

"LLEGO, VIO Y VENCIÓ"

Con esa frase resumió Don Criterio la actuación de Juan Belmonte en la célebre corrida de los Miuras de la feria de Sevilla... Pero antes hay que decir en qué circunstancias salió a torear el trianero aquella tarde del 20 de abril de 1914.

El 15, es decir, tres días antes de la feria de Sevilla, fué cogido Belmonte en Murcia. El toro le dió tal paliza, que Juan tuvo que guardar cama, presa de alta fiebre. La noticia causó en Sevilla general desencanto. La feria perdía su mayor aliciente: la competencia Belmonte-Joselito. Los "gallistas" echaron las campanas al vuelo. La verdad era —decían ellos— que Juan no había querido enfrentarse con Joselito en Sevilla... Pero Juan había prometido a Salgueiro, que era el empresario de Sevilla, torear con Gallito los Miuras. "Vivo o muerto, yo voy a Sevilla", le había dicho Juan a uno de sus íntimos. Y, en efecto, la misma mañana del día 20 llegó Juan a Sevilla. Una ovación tronó en la estación cuando el tren entró en agujas. Pero cuando Belmonte descendió al andén —cojo y con visibles huellas de su malestar— la alegría de los belmontistas se vino al suelo. Los "gallistas" más exaltados replicaron así:

—Juan, lo que quiere es hacer el paseo y después dejar el "regalito" de los Miuras para sus compañeros...

Cuando Juan hizo aquella tarde el paseo —entre el entusiasmo de los suyos y las maliciosas sonrisas de sus adversarios—, nadie creía que pudiera salir triunfante de la prueba. Y, sin embargo, "armó —son frases de Don Criterio— una verdadera revolución". Porque fué realmente una tarde apoteósica, en la que todo le salió bien. Las verónicas, quieto, girando sólo el cuerpo, fueron perfectas. Y con la muleta, prodigó la mano izquierda, con aquel temple suavísimo, que daba la sensación de que el bicho se dormía en los vuelos del paño.

Cuando rodó el último toro, el muchadumbre tomó en hombros a Belmonte y lo paseó por Sevilla. Aquella noche, en la feria, el "gallinero", la caseta donde se reúnen los partidarios de José, tuvo que cerrar por falta de clientes.

EL 2 DE MAYO EN MADRID

En Madrid, donde Belmonte había torado, con escasa fortuna, el 13 de abril no dieron al triunfo de Sevilla el crédito que merecía.

Los eternos desconfiados.

Con el mayoral de su ganadería y otros servidores, vigila de cerca sus toros en la línea de Gómez Cardena (Fotos Arenas)



Juan Belmonte, junto al burladero, espera su turno. Son los días en que la pasión de los aficionados lo enfrenta con otra de las grandes figuras del toreo: Joselito

tantes habían decidido que Belmonte era un torero acabado, que no volvería a entusiasmar a nadie... En esa situación se anunció de nuevo el nombre de Juan para torear el 2 de mayo, llevando como compañeros de cartel a Rafael Gómez, el Gallo, y a su hermano José. Era un cartel de categoría, y se dió el caso de que mucha gente pagara ocho y diez duros por unas entradas que en taquilla no valían más que ocho o diez pesetas...

La corrida, en su primera parte, transcurrió sin pena ni gloria. Pero en el quinto toro Joselito cuajó una faena espléndida y, a la vez, completísima. El público se partió las manos aplaudiendo, y Joselito tuvo que dar varias vueltas al ruedo... Aquello era el delirio. Belmonte, mientras su rival era aclamado, se entretenía, sentado en el estribo, en arreglarse una media. Nada de pensar en lo que le esperaba. ¿Para qué?

Y salió, al fin, el toro sexto. Desde el primer momento, Belmonte se sintió seguro, y se lo pasó, cuantas veces quiso, rozando por el pecho. ¡Qué triunfo, Señor!

—Cuando terminó la corrida —nos ha contado Belmonte—, tenía la chaquetilla llena de pitos del toro. En mi vida he torado más a mi gusto.

El público lo entendió también así. Y la crítica, lo mismo. "... Yo juro —decía Don Medesto al día siguiente—, por la gloria de mis abuelos y mi honor de hidalgo castellano, que no se ha realizado una faena de muleta tan enorme, tan formidable, tan monstruosa, tan... increíble, como la que realizó ayer, 2 de mayo de 1914, a las seis y diecinueve minutos de su tarde, Juan Belmonte, torero natural de Sevilla, barrio de Triana, calle de Castilla, conforme se entra a mano izquierda..." Y terminaba su crónica así: "Lo de Belmonte no tiene precedente en la historia de la tauromacía. Fué la faena más grande que se ha hecho desde que el toro exista."

¿Cabe mayor elogio?

Porque la crónica de Don Medesto no exageraba nada. Era la verdad. La gente salió borracha de emoción y arte de la Plaza Vieja de Madrid. Y los comentarios, a lo largo de los días que transcurrieron a continuación de aquel 2 de mayo, de imperecedero recuerdo, fueron constantes. Hasta a las gentes más alejadas de nuestra fiesta llegaban los clamores de la afición que había presencia o aquel grato acontecimiento.

FRANCISCO NARBONA

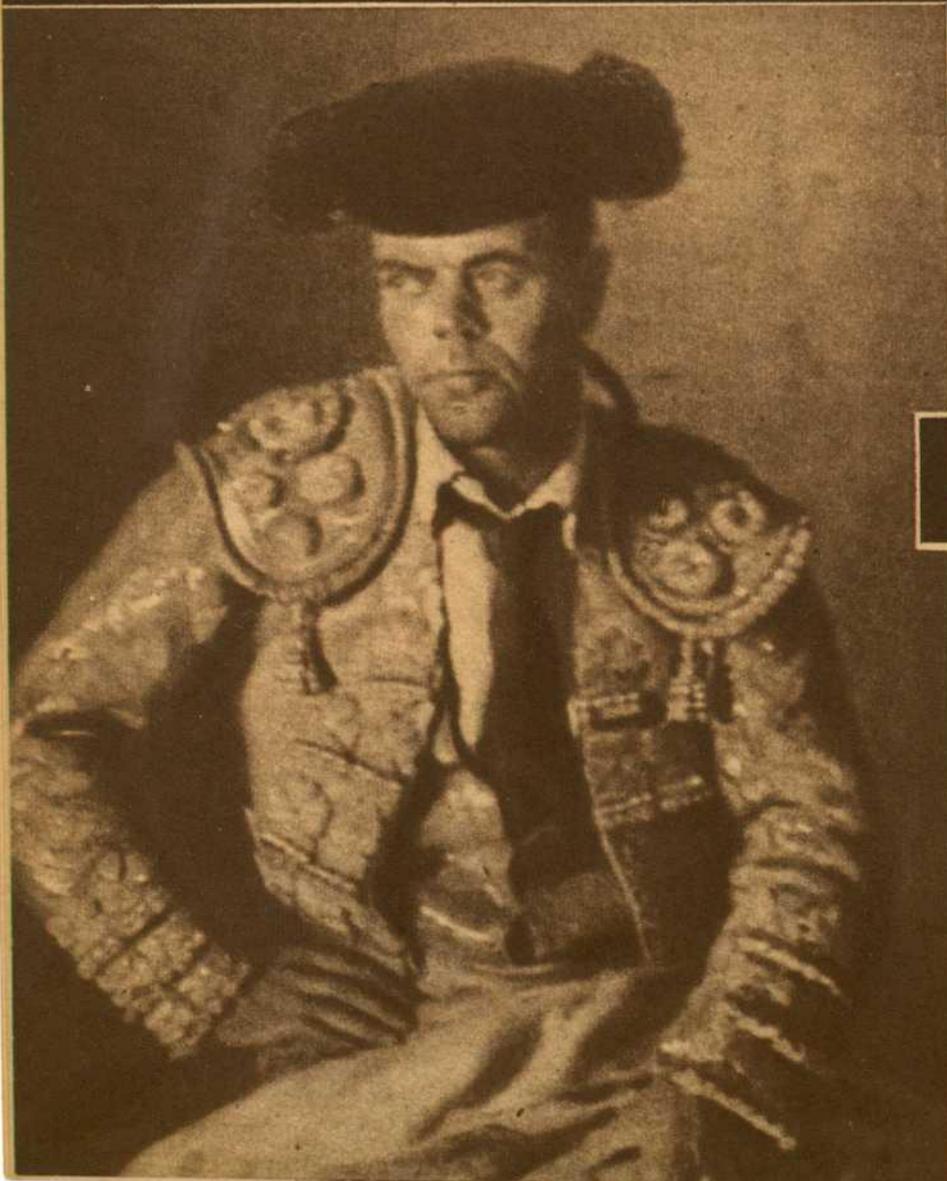
Los toreros de ayer y de hoy en la pintura de Enrique Segura

EN verdad que cuando, días pasados, nos deteníamos, en un sincero afán contemplativo, ante todas y cada una de las obras que integraban la Exposición pictórica de Enrique Segura, hemos podido comprobar, acaso más marcadamente que en ninguno de los artistas contemporáneos, una acusada evolución y perfeccionamiento en la técnica, el estilo y el uso del color, bien manifiesta y patente en la producción de este meritorio pintor sevillano. Y no es naturalmente que su obra anterior carezca, ni muchísimo menos, de buenas cualidades. Enrique Segura, firme en su labor y camino emprendido, afianzado en un terreno que conoce y domina, trazó ya de antiguo una trayectoria feliz y afortunada. Pero es que este camino, libre ya de trabas, limpio de toda inseguridad en el manejo de los pinceles, se nos muestra ahora tan claramente definido y concreto, tan depurado en sus esencias raciales, que al recorrer las salas de su Exposición, en la que se alineaban pin-



«San Antonio de la Florida», cuadro de Enrique Segura, lleno de luz y del encanto de una época pasada

«El Chato», lienzo lleno de una gran fuerza expresiva delido al pincel de Enrique Segura



«Varilarguero de Martincho», otro de los lienzos de Enrique Segura, en el que se acentúan y destacan la belleza de las gamas y el rico colorido empleado en su realización

turas del más diverso matiz y tema, hemos sentido ese alborozo subsiguiente que dimana del recreo de una obra artística perfectamente lograda y conseguida. Así, sus paisajes, sus bodegones, sus retratos, sus floreros...

Conocíamos ya su labor como retratista de toreros, con esos sus trabajos finísimos en negro; lo conocimos también en esas verdaderas semblanzas artísticas en color de diestros de una época pasada, que de antiguo viene publicando en EL RUEDO; pero, de un tiempo a esta parte, devoto con el tema que, como buen andaluz, lleva en sus preferencias, nos ha dado ese cuadro: «Varilarguero de Martincho», que expuso en el pasado e inmediato Salón de Otoño, y el zuloagueco torero «El Chato», cuyas pinturas acusan una fortaleza de trazos y expresión formidables, una sobriedad y justeza de líneas, una tan delicada suavidad en los tonos, que hacen de estos lienzos verdaderas obras maestras.

En 1931, la Diputación de Sevilla le concede una pensión para el Extranjero, y en 1935 el Estado le otorga una nueva pensión que le lleva a estudiar y perfeccionarse a Francia, Bélgica y Holanda. Bajo diferentes cielos, Enrique Segura se adiestra en el manejo del color, adquiriendo facilidad y soltura en el uso de los pinceles.

Con un criterio o sentido elegante y sobrio de la concepción plástica, en Segura domina la afición hacia la época goyesca, tan bella y decorativa; y, fiel también con esa preferencia, nos brindó un día esa estampa: «San Antonio de la Florida», llena de una verdadera riqueza de luz y de armonías en los tonos y gamas, sin disonancias colorísticas.

Enrique Segura, alistado en la joven generación artística y renovadora que viene marcando una lógica evolución en la pintura, a tono y consecuente con el tiempo que corre y las preferencias y gustos del público, ha sabido colocarse a la vanguardia de todos aquellos artistas que, con un conocimiento amplio y seguro de las posibilidades creadoras, brillan y destacan por méritos propios.

En el terreno que comentamos, que es el de la obra pictórico-aurina, Enrique Segura ha sabido ganarse bien su puesto en el escalafón de los pocos pintores que hoy se ocupan de este españolísimo tema, llevado, bien al lienzo o a la página impresa y periodística.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UNA CUADRILLA EN BUSCA DE PLAZA

La verdad es que no estamos muy seguros de que esta reunión de toreros encuentren Plaza. Ni siquiera de esto: en si sea una cuadrilla. Pero, a pesar de todo, y aprovechando estas fiestas, en las que la sonrisa está a flor de labio, hemos decidido sacar a estos ocho esforzados caballeros en las páginas de nuestra revista.

No lo hacemos por publicidad, ni mucho menos. Aunque la temporada está ya cerca y ellos buscan una Plaza donde poner cátedra, no creemos que haya nunca lugar para que estos capotes, que de tan mala manera se anudan junto al estómago, se desplieguen un día ante las astas de un toro, por muy pequeño que sea éste.

En realidad, lo que a nosotros nos parece es una pandilla de amigos, que en un rato de buen humor han querido jugar a los toreros españoles y se han retratado de esta guisa para enviarles unas fotos a sus respectivas esposas, que, a juzgar por las trazas de los fotografiados, deben de ser unas severas matronas, que seguramente no verán con muy buenos ojos las travesuras de sus maridos.

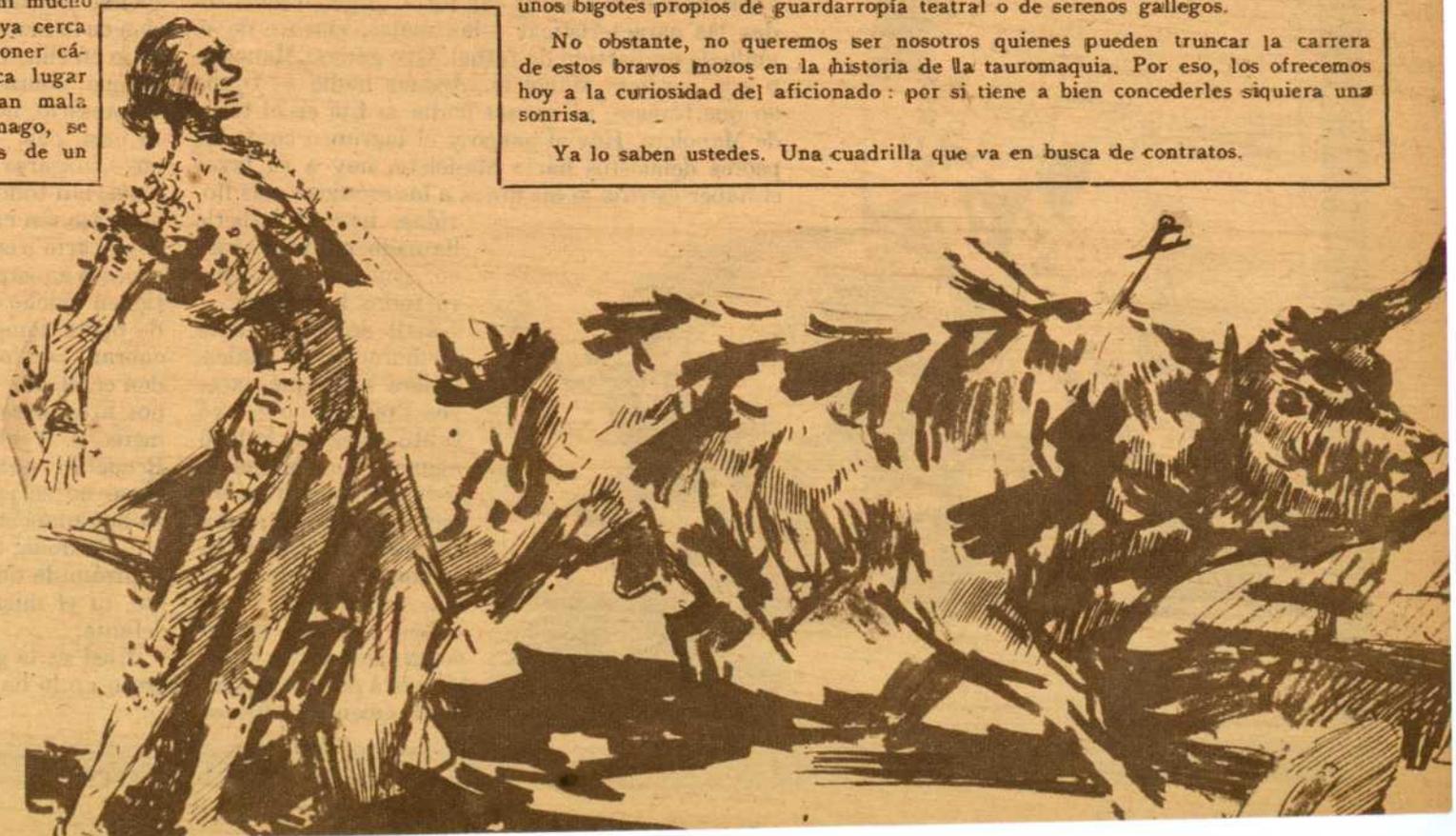
Sin embargo, nos aseguran que el que va delante es el matador y ha actuado en Budapest en una nocturna. Y que los que le siguen, a pesar de los elásticos de las botas de uno y del tipo deportivo de las

de otro, también entienden de estas cosas de los toros. La verdad es que nos resistimos a creerlo.

Nadie que quiera llegar un día a ser un ídolo dorado en los ruedos de España o de cualquier otro país de sol, donde se sepa de estas cosas, osaría ceñirse la taleguilla y terciarse el capotillo de paseo, siendo a la vez portadores de unos bigotes propios de guardarropía teatral o de serenos gallegos.

No obstante, no queremos ser nosotros quienes pueden trincar la carrera de estos bravos mozos en la historia de la tauromaquia. Por eso, los ofrecemos hoy a la curiosidad del aficionado: por si tiene a bien concederles siquiera una sonrisa.

Ya lo saben ustedes. Una cuadrilla que va en busca de contratos.



¿HAY PELIGRO O NO HAY PELIGRO?

Como uno ha decidido para el año presente desvanecer todo lo posible los restos de acrimonia que al decir de las gentes caracterizaban mis crónicas hace dos temporadas, tengo que añadir a renglón seguido de las líneas finales de mi anterior crónica una salvedad. Se decía en ellas «sólo» que en las circunstancias actuales, que yo veo más catastróficas que la docena mandona del toreo, tal vez porque gano «propter tauros» unas quinientas veces menos que ellos, la teoría de que el artista impone su propia tasación puede y debe sufrir una limitación social, es decir, de aquellas en que los derechos de la individualidad se ve limitada en interés de los de la colectividad española, en cuyo beneficio existe la fiesta de los toros, racial, nacional y cuantas cosas análogas se quiera. Se dice esto porque no quisiera uno ser mal interpretado en el sentido de menosprecio al artista del toreo, por debajo de otros géneros de artistas que se citaban como ejemplo, por un lado. Si allí se mentaron pintores, cantantes, instrumentistas y danzarines, no es porque se les suponga valoración más alta, sino distinta sencillamente, ya que todo es opinable y subjetivo en la materia. Ni tampoco se quisiera cargar sólo al diestro unas culpas exclusivas sin sacarlo de la mano del ganadero y del empresario. Bien se desearía, en ésta como en otras cosas, que la fiesta floreciera tan de verdad que permitiese toda suerte de libertades, incluso la indefinible del diestro a fijar su propia ganancia según con sus deseos y posibilidades, libertad que sólo puede tener un límite, al que los artistas de otros géneros no han llegado jamás: el de que esa libertad no sea la de Sansón para hundir sobre todos un templo de antigüedad y devoción singular entre los españoles. El derribo de Manolete. Arruza y del que pueda

a cobrar cantidades de ensueño, me parece envidiable y me parecería indiscutible, si no hiciese tambalearse a la fiesta de toros y a un sector de la economía nacional, al mismo que hacen peligrar los ganaderos y los empresarios, aunque aquí también se vea más claro, pues así andan las cosas por todo el mundo en que vivimos; que el negocio puede y debe tener sus límites, desde los basados en un orden cristiano hasta los que descansan en una consideración nacional.

Claras todas estas cosas en lo que respecta a dejar a salvo cualquier género de dignidades —uno, después de algunos malentendidos, se esfuerza siempre en ello—, se impone el aducir razones, aunque sólo sea desde este punto de vista, sobre el peligro actual de la fiesta, sobre la inminente catástrofe. Aquí nada va a hablarse de una cosa que hay que tener en cuenta como contrapunto de toda la serie de artículos en que se aboga por el «límite», o sea que paralelamente a todas estas razones económicas, el becerro campa por las Plazas. Supongamos que en materia de ganado nada hubiera que hablar y el presente fuese de recibo absolutamente. ¿Habría peligro? El mismo o parecido en la materia que desarrollamos. Estas condiciones presentes de inflación y especulación han roto la armonía de cualquier corrida en que ellas asomen la oreja, que son, más o menos, todas las que interviene la docena mandona. Allí ya no se ven toros, aun dando por bueno que lo que sale por los chiqueros lo sea. Yo recuerdo ahora, en el paréntesis y sosiego del invierno, cómo una crónica mía de una corrida madrileña de las de grandes y «monstruosas» presencias, llevaba como título y nervio de ella la afirmación de que «así» no podían verse toros. Ateniéndose a lo externo y formal, el espectáculo se había celebrado, pero fuera de ello no había habido corrida. El diestro Manolete daba una verónica ajustada por un lado y desajustada por el contrario. Media Plaza rompía a aplaudir frenéticamente y otra a silbar con furia. Aquello tenía todas las características —las malas, claro— de lo malo de un partido de fútbol. Que ganase Manolete o que perdiese Manolete. Apenas nadie se fijaba en que torea, ni apenas nadie se fija en el toreo de Manolete. Hay el babeo y el lagrimeo como los peores denuestos hacia Manolete; hay a su favor el haber estrujado las ubres a las crónicas más floridas; hay el haberle llamado palmera, junco, sauce, ciprés —para todos los gustos—, mástil de torre frente al huracán y cualesquiera sabe qué excesos. Creo que no se leyó tanto, si es que lo leyó alguien, que Manolete tiene un magnífico toreo de muñeca y una rigidez defectuosa en su toreo de cintura. Y que me perdone el cordobés haberlo traído como ejemplo. La inflación está presente en todas las mentes y fuerza



las corridas al resultado calamitoso en varios órdenes, porque las condiciones de la fiesta son extraordinarias. Hay un desnivel entre un rendimiento artístico ordinario —con los muy buenos, con los buenos y con los regulares— y unas exigencias extraordinarias que soporta el público; que las devuelve, acrecidas tal vez, sobre el redondel, y que, de desengañarse, no lo hará sólo contra la docena responsable, sino contra la fiesta, a la que juzgarán en bloque por los hechos de sus representantes más destacados en un quinquenio.

Sin paradojizar sobre el vocablo, lo extraordinario como ordinario es lo más perjudicial al orden. Y sin orden, ni la fiesta de toros ni otras cosas pueden vivir prósperamente. Y esto es lo que está acaeciendo por ahora; que se ha quebrado el orden de la fiesta y ya sólo lo económico tiene sitio en ella. Una corrida, vista a través de lo que cobra el torero, el ganadero o el empresario, no puede verse, ni saborearse, ni casi, casi —es una confesión de crítico— juzgarse con serenidad. Antes se enriquecían todos sin que apenas la gente se enterase «en cada corrida». Sabían taparlo con el arte o con la prudencia. Yo no tengo reparos en suponer que los artistas de hoy tienen mucho arte, más que artista alguno de otros tiempos; pero se les nota lo que cobran, por lo que se deduce que no pueden ocultarlo. Que hay desnivel, o sea menos arte, o se llevan más dinero del que merecen. Y el ganadero y el empresario. Recuerdo cómo una vez dije a alguien cómo no se podían ver toros, pendientes en la ganancia de éste o aquél:

—Perdona, chico —me contestó—; pero la pirámide de billetes que se lleva X, nadie, ni él mismo, me la puede quitar de delante.

Y así va la gente a los toros. ¿Hay peligro o no lo hay?



FOTOTIPIAS

UN REGALO DE REYES

Por JOSE CARLOS DE LUNA



Guerrita



El Espartero



Reverte



Fernando, el Gallo



Mazzantini

HASTA la tradición evoluciona, y, naturalmente, no podía soslayar la ley, que no me cuido de llamar tirana, la que rebotando ternura data de aquel mes de Nizán que alumbró un cándido lucero tembloroso.

Los Santos Reyes sacaron de sus amplias mangas de damasco, ilusiones y juguetes, mil novecientos cuarenta y seis días señalados en el Cielo y en la Tierra con barullo de ángeles.

La maravilla subsiste; pero, ¡cuántos quebraderos de cabeza manteniéndola por culpa de los adelantados!

Hoy precisan los regalos de un camión, y entonces era más sencillo acopiar pienso para los camellos que hoguero gasolina y neumáticos.

Estas consideraciones se vienen a las mentes con algún retraso, y la culpa es mía, que no supe presentirlas. Un año, hace muchos, distinguieron las Celestes Majestades mis incipientes aficiones.

Los niños —cuando yo lo era— soñábamos temporalmente con ser toreros famosos, antes de que los macarrónicos estudios despertaran otros entusiasmos, y la vida, el amor y la desilusión. A poca costa llenaban los Reyes su cometido, porque la correspondencia que en el Cielo abrieron con un cuchillito de oro no se enredaba en la pedagogía ni en las ciencias experimentales. Edison balbuce sus descubrimientos, y el gramófono, el cinematógrafo y la luz eléctrica asoman al mundo, sin sospechar siquiera su próximo empequeñecimiento en brazos de la juguetería y las Sociedades anónimas.

Y a lo que vamos, vamos: el presente real que mejor colmó mis apetencias y más largamente me entretuvo fué... ¡cien cajas de cerillas de *a perra gorda*! Fui la envidia de todos los niños de mi tierra, por lo menos, durante quince días.

—¿Absurdo?

—¡Quite usted allá, amigo, y aguarde unos minutos! Yo tardé en abrirlas, temblando de entusiasmo, lo menos veinte, y no reclamo de su paciencia sino muy pocos para que lo comprenda y lo estime.

La Arrendataria —me parece que entonces no era monopolio secamente estatal— metía, en aquellas cajitas con nervios de goma, carne de sencilla utilidad y pedacitos del corazón de España. Ni las manoseó el anuncio ni las humillaban los mecheros. ¡Entre los colores

de la Patria, una estampita de matador de toros!

¿Comprendéis ahora la ilusión de veinte minutos dedicados a abrir cien cajas de cerillas?

Relucientes y olorosos a barniz, iban formando en fila india, sobre la alfombra alpujarreña, Rafael Guerra, Guerrita; Manuel García, el Espartero; don Luis Mazzantini, Antonio Reverte, Fernando Gómez, el Gallo..., con sus carillas de *chaveas* atezadas en la Plaza del Potro; Lagartijo Chico, Machaquito... ¡Otra vez Rafael Guerra, Guerrita, y otra, y otra, Manuel García, el Espartero!...

Los Reyes Magos, meticulosos y previsores, añadían al *magnífico* presente un álbum para coleccionar con decoro bibliófilo aquellos héroes populares, tan cuidadosamente reproducidos por una Compañía que compaginaba el interés de sus accionistas con los entusiasmos de los consumidores.

Hasta aquí, parece que nada tiene de particular la ocurrencia de los Santos Reyes ni la de la Compañía Arrendataria; pero salta del recuerdo a los puntos de la pluma una observación y cierta estimable consecuencia: en mi biblioteca de hombre, un poco serio por demás maduro, conservo, en el mismo plúteo que la *Crónica General de España*, de Florián de Ocampo —cuestión de tamaño, en folio—, el álbum de toreros. Hojeándolo esta mañana, brillan, vestidos de luces, Julio Aparici, Fabrilo; Diego Prieto, Cuatro Dedos; Manuel Báez, Litri; Manuel Lara, Jerezano; José Rodríguez, Bebe Chico; Angel García, Padilla; Juan Ruiz, Lagartija; Manuel Nieto, Gorete; Carlos Gash, Finito...

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que en el álbum hay *casilleros* para muchas figuras, además de Guerrita y el Espartero, ¡los ídolos de la época!

No pretendo brindar el ejemplo a ninguna Compañía o Sociedad más o menos limitada, ni el nervosismo y la sabiduría de la infancia prestaría calor a la ocurrencia. Además, si la crítica infantil señaló con su dedo manchado de tinta violeta el *abuso* de las repeticiones —demasiados Guerritas y Esparteros!—, figúrese, amigo, el compromiso para soslayarlo hoy, que dos nombres colman plenamente el interés de los *consumidores*.



Machaquito



Cuatro Dedos



Lagartijillo Chico



Litri



Bebe Chico

Hacia el abaratamiento de la Fiesta Nacional

No cree posible que en 1946 se disminuya el precio de las localidades

QUIENQUIERA que seas, lector, si en alguna ocasión has siquiera rozado la intimidad de quienes por la fiesta más nacional viven y a ella dedican sus mejores horas, sabes quién es Miguel Prieto.

Dire a los aficionados que sólo lo son en el tendido y nada tienen que ver con las interioridades, no siempre agradables, de la organización de corridas, que Miguel Prieto, hombre cuya traza física hace creer que uno se halla ante un pacífico burgués que alcanzó el grado de perfección que es la tranquila contemplación de la vida, es hombre ya cincuentón —y que nos perdone que revelemos este dato—, que no sabe, ni quiere saber, lo que es una hora de holganza. El nos dice que es apoderado de toreros, empresario, ganadero, tratante en ganado mular y caballo y enemigo de Edison. Muchas cosas, como se comprenderá, para que este hombre tenga una idea vaga de lo que es el ocio. Ni las ideas son vagas

confiaron sus asuntos taurinos. Llevó a la alternativa a Revertito, Chiquito de la Audiencia, Pepe Gallardo, Gallito, Manolo Martín Vázquez, Morenito de Valencia, Curro Caro, Luis Ortega y Pepín Martín Vázquez.

Tan es cierto que la gran afición de Miguel Prieto es la de encauzar las actividades de aquellos que, teniendo condiciones y verdadera afición, quieren ser toreros, que, en la actualidad, hace ya dos años que está preparando la presentación de dos muchachos que, a su entender, pueden llegar a ser grandes figuras: Alejandro García y Manolo Carmona. Y prepara la presentación de estos muchachos, hoy desconocidos por los aficionados, llevándolos de continuo a tentaderos y fiestas taurinas, haciéndoles torear y procurando que vean torear mucho. Esto, en el hombre que es apoderado de Pepín Martín Vázquez, torero cuyo porvenir nadie puede prever, dice mucho del entusiasmo de Prieto por esa labor, que pocos apoderados conocen y que es sello indudable de aficionado entusiasta.

Es también, como queda dicho, empresario. En cualquier Plaza que se le ofrezca en condiciones aceptables, montará Prieto un espectáculo taurino: corrida de toros, novillada picada o sin picadores, o charlotada. Depende todo del aforo del coso y de la fecha en que se haya de dar el espectáculo. Prieto montará la corrida en horas y organizará todo en minutos. Salvará todos los obstáculos con aparente sencillez y absoluta seguridad.

Como ganadero ha sido clasificado en la tercera categoría por el Sindicato. Me dice que aunque hay



Miguel Prieto, cuya afición singular es la de ser apoderado de toreros y que ha hecho en el presente reportaje más interesantes declaraciones



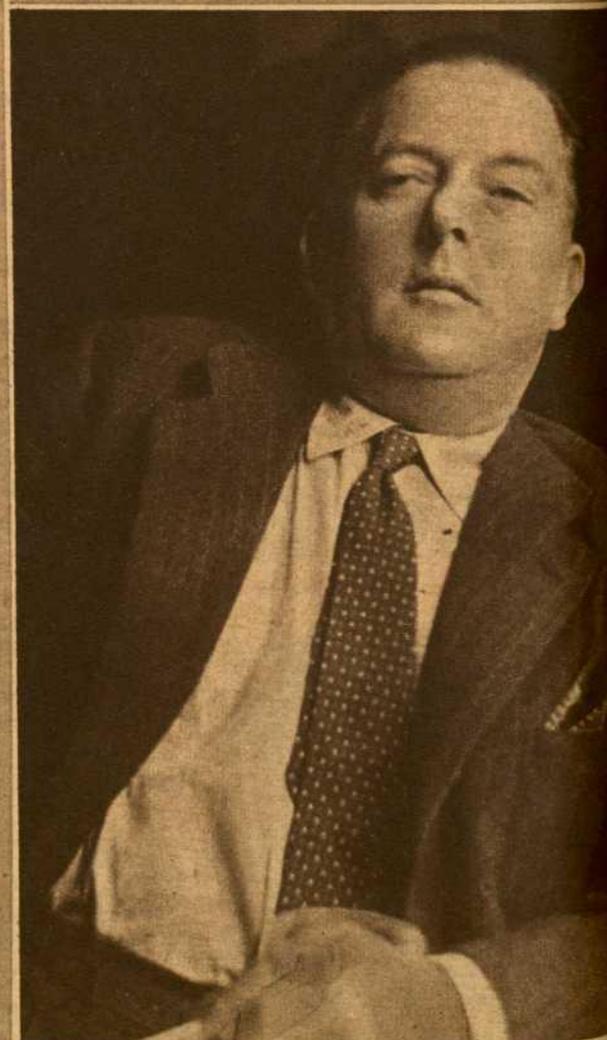
Un poco de charla con Teodoro García Matilla, en el banco público, aprovechando un rato de sol



En 1922 empezó Miguel Prieto a ser apoderado. Diego García Reverte, sobrino de Reverte, fué el primer torero que tuvo

en Miguel Prieto. O las tiene claras, o renuncia inmediatamente a ellas. Y así ha llegado Miguel Prieto a ser uno de los más populares hombres de negocios taurinos de España.

La gran afición de este hombre singular es la de ser apoderado de toreros. En 1922 empezó a ejercer esta profesión, abierta a todos, y en la que tan pocos brillan. El primer torero que apoderó fué Diego García Reverte, sobrino de Reverte. Luego fué apoderado de Chicuelo, La Serna, Revertito, Jaime Noaín, Chiquito de la Audiencia, Pepe Gallardo, Gallito, Curro Caro, Morenito de Valencia, Luis Ortega, Valencia III, Pepín Martín Vázquez... Más de cincuenta toreros le



Como ganadero ha sido clasificado en tercera categoría. El dice que hay quien le llama moruchero, pero tiene en su finca gran cantidad de reses de casta

MIGUEL PRIETO: APODERADO, EMPRESARIO, GANADERO, TRATANTE Y ENEMIGO DE EDISON

Por cada toro que se lidia, hay que mantener seis reses y cuesta treinta pesetas diarias la comida de cada una

quien le llama moruchero, tiene en su finca una gran cantidad de reses de casta: tal cantidad, que quien no sepa que aquella camada es de Miguel Prieto, podrá creer que la ganadería de Pablo Romero ha sido trasladada a Castilla.

Otra de sus actividades es la de tratante en ganado mular y caballar; pero asegura que esta actividad es puro pasatiempo para el invierno, cuando los asuntos taurinos quedan paralizados.

Finalmente, asegura que es enemigo de Edison porque el teléfono es la gran pesadilla de su vida. El teléfono no le da punto de reposo cuando se encuentra en su domicilio; pero no puede prescindir de él.

Con este hombre, tan perfectamente enterado de todos los aspectos de la fiesta y en presencia de Teodoro García Matilla, representante, en Salamanca, de Balañá, Arruza, Manolét y Miguel Prieto, y ganadero que tiene sus reses en Guadarrama, charlamos sobre el tema del abaratamiento de la fiesta nacional.

Cree Prieto que no se llegará en 1946 a tal abaratamiento, y que hasta no será cosa fácil mantener el precio de la pasada temporada. Y da abundantes razones.

Empieza diciendo que, al precio actual que tienen los piensos, el mantenimiento de un toro que se quiere llevar a los ruedos bien presentado cuesta treinta pesetas diarias. Se ha de tener en cuenta que, de las vacas de una ganadería, sólo la mitad producen crías; de éstas, lo normal es que la mitad sean ma-

chos. Por otra parte, hay becerros, novillos y toros que se inutilizan, y, si no olvidamos al ganado de poca edad, hay que calcular que, para criar cincuenta toros, es necesario mantener trescientas cabezas. Hecho el cálculo justo, habida cuenta de lo que cuesta alimentar las reses, y sin olvidar los otros gastos que las ganaderías tienen, no es aventurado asegurar que el ganado costará en 1946 más que en 1945, incluso el que se lidie en becerradas, que sufrirá un aumento de un treinta por ciento.

Por lo que respecta a los toreros, son ellos, justamente, los que nada pueden decir. El sueldo de los toreros lo fija el público. Si los empresarios contratan toreros que interesen a la afición, ésta irá a las taquillas, y no discutirá el precio de las localidades.

Esto lo saben los toreros; y cuando son figuras, hacen que se les pague como a tales.

Por otra parte, para ciertas capitales, los toreros



Si los empresarios contratan toreros que interesen a la afición, ésta irá a las taquillas y no discutirá el precio de las localidades



No se llegará en el año 1946 al abaratamiento de la fiesta y hasta no será cosa fácil mantener el precio de las localidades del año pasado

más baratos son los que cobran más dinero.

En realidad, son cinco o seis toreros los que cobran más que antes de la guerra, a pesar de que los gastos son mayores; pero, en definitiva, el público es quien decide.

Si los empresarios pierden contratando figuras, ya harán las combinaciones necesarias para salvar su negocio.

Prieto termina su charla diciéndome que está de acuerdo con don Carlos Gómez de Velasco en que la causa del encarecimiento del espectáculo taurino en Madrid ha sido la especial organización de corridas benéficas.

BARICO



Mientras Matilla intenta encender, el fotógrafo aprovecha para disparar su máquina



También cuenta entre sus actividades la de tratante en ganado mular y caballar; pero ello es, nos dice, puro pasatiempo y diversión (Fotos Manzano)



Murteira Correira



Simao da Veiga



Conchita Cintrón



Alvaro Domecq



Andaluz

RESUMEN DE LA TEMPORADA PASADA EN VALENCIA

Se verificaron 18 corridas de toros, 6 novilladas y 32 espectáculos sin picadores

En las corridas de toros participaron 14 matadores y 4 rejoneadores

LA campaña taurina de 1945 en Valencia dió comienzo el día 4 de marzo y se dió por terminada el 11 de noviembre.

Durante ese espacio de tiempo se celebraron 56 festejos taurinos (ocho más que en el año anterior, distribuidos de la forma siguiente: 18 corridas de toros (cuatro más que en 1944), seis novilladas con picadores (ocho menos que en la anterior temporada) y 32 festejos—incluida la desecajonada de la feria—sin picadores (doce más que durante 1944).

El balance de la última temporada en Valencia arroja, pues, en relación con el año anterior, un aumento en las corridas de toros y una baja considerable en las novilladas con picadores, que se celebraron en escaso número para dar paso a las novilladas económicas, que, desgraciadamente para el aficionado, se prodigaron en demasía.

En los festejos celebrados fueron mandados al desolladero 118 toros, 36 novillos y 151 becerros, que arrojan un total de 305 cornúpetas lidiados.

De las dieciocho corridas celebradas, hubo diez de seis toros, seis de siete y dos de ocho. En ellas participaron catorce matadores de toros y cuatro rejoneadores que se distribuyeron

los sesenta y un puestos disponibles de la forma siguiente:

Arruza, 13; El Choni, siete; Manolete, seis; El Estudiante, cinco; Andaluz, cinco; Pepín Martín Vázquez, cuatro; Agustín Parra, Parrita, cuatro; Fermín Rivera, tres; Domingo Ortega, dos; Pepe Bienvenida, dos, y una cada uno, Curro Caro, Lorenzo Garza, Alejandro Montani y Aguado de Castro. De los rejoneadores, Alvaro Domecq actuó tres tardes, y Simao da Veiga, Conchita Cintrón y Murteira Correira, una.

De los novilleros, el que más veces desfiló por el ruedo valenciano fué Rafael Llorente, que lo hizo tres tardes; Ricardo Balderas y Niño de la Palma (hijo) lo hicieron dos, y una cada uno, Paquito Peris, Luis Redondo, Serranito, Almensilla, Alvarez Pelayo, Rafael Osorno, Lorenzo Jiménez, Eduardo Liceaga, Gabriel Pericás, José Muñoz, Pepe-Hillo, y Fernando Pérez Taberneró. Afortunadamente, sólo hubo que lamentar durante la temporada la cogida grave del novillero Vicente Serrano, Serranito. Con lesiones leves visitaron la enfermería El Estudiante, El Choni, Niño de la Palma (hijo) y Eduardo Liceaga.

Los toros lidiados fueron de las siguientes ganaderías: Joaquín Buendía, 12; Leopoldo L. de Clairac, 11; José María Galache, 11; Felipe Bartolomé, 10; María Montalvo, nueve; Juliana Calvo (Albaserrada), seis; Carmen de Federico (Murube), seis; Concha y Sierra, seis; Rogelio M. del Corral, seis; Félix Moreno (Sal-

tillo), seis; Clemente Tassara, seis; Vicente Charro, 5; Atanásio Fernández, cinco; Alipio P. Taberneró, 5; Arturo Sánchez y Sánchez, cinco; Flores Albarrán, cuatro, Amador Santos, dos; Alicia Cobalera, dos, y Maximiano Rodríguez, uno.

El toro de más peso que se lidió durante la temporada fué de Clairac. Dió en canal 339 kilos. El de menos peso, 187 kilos, perteneció a la ganadería de don Joaquín Buendía.

En conjunto, el año taurino no les rodó a los señores Alegre y Puchades como el anterior. La primera temporada fué un éxito económico, ya que, tanto en las corridas falleras como en las cuatro extraordinarias que celebraron, ganaron el dinero a espaldas; pero, en cambio, lo perdieron en las novilladas, y en la feria bastante hicieron con cubrirse.

Ante la poca atención—a causa de la falta de diestros que interesasen— que el público dispensó a las novilladas picadas, la Empresa organizó gran número de novilladas económicas, con el fin de ir probando a los toreros noveles; pero en ninguno de ellos lograron Alegre y Puchades encontrar al novillero que tanto necesita la fiesta en los momentos actuales.

RECORTE

El Estudiante



Parrita



El Choni



Pepín Martín Vázquez



Fermín Rivera



AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

DON RICARDO CALVO

cree que con los toros de antes no se podrían hacer las cosas de ahora

Los espectadores entendidos iban antiguamente a localidad de andanada



DON Ricardo Calvo — toda una historia, toda una carrera— está ante nosotros con el traje de época que viste en la nueva obra de don Eduardo Marquina, que se ha estrenado recientemente. Estamos, pues, ante un caballero con rizada peluca, que nos habla de toros entre dos actos de *El galeón y el milagro*. Ante don Ricardo Calvo, ilustre como mediante,

gran señor de la escena, cuyas interpretaciones tienen siempre un empaque, un sello personal incopiable. Ya tiene años don Ricardo. Pero don Ricardo no será nunca viejo. Su entusiasmo, su vitalidad, no le abandonarán nunca, y ahora mismo nos habla de Lagartijo y de Frascuelo como si fueran de ayer mismo, con una frescura en el recuerdo que no ha marchitado ni marchitará el paso del tiempo.

Porque don Ricardo alcanzó los tiempos de esta competencia taurina entre las dos grandes figuras, cuyos nombres tienen, para la mayor parte de las generaciones actuales, ecos de leyenda. Don Ricardo vió las retiradas de uno y otro. Pero dejémosle a él:

—Yo los vi muchas veces. La primera, en Madrid, gracias a mi tío, el hermano de mi padre, que es quien me llevó a la Plaza. Con Lagartijo y Frascuelo alternaba Cara Ancha. Cara Ancha fué cogido al poner un par de banderillas al quiebro.

—¿Un par con los pies juntos?

—No, no. Sepa usted que no se puede quebrar sin mover los pies.

—¿Y cuándo empieza usted a ser aficionado militante?

—Desde el Guerra y Espartero.

—¿Era el Guerra tan bueno como dicen?

—Era insuperable. Lo hacía todo bien. Con la capa, con las banderillas, con la muleta... Y con la espada, un fenómeno también, que

mataba a la primera toros difícilísimos. Después, a la altura del Guerra, ha estado Joselito; pero con la desventaja de que no era matador, no ejecutaba, como en otros tiempos, la suerte suprema, que era la principal razón de ser del toreo, hasta el punto de que un torero que sólo sabía matar, como Mazzantini, pudo tener un gran cartel.

—Yo creía que Mazzantini...

—Era un torero de burdo estilo, que sólo brillaba por sus estocadas y por sus quites, poco o nada artísticos, pero eficaces. ¡Pocas cornadas que se ahorraban los picadores, gracias al coraje de Mazzantini!

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—¡Nunca! Tengo un miedo horroroso a eso. La profesión de torero me inspira un gran respeto. Es una profesión en la que el que la practica no sabe nunca si va a volver a casa.

—¿Y ha conocido usted a muchos toreros?

—A todos: a los de ayer, a los de anteayer y a los de hoy. Con muchos he tenido buena amistad: El Guerra, Bombita, Machaquito, Belmonte... Ahora, mi afición ha decaído un poco.

—¿Por qué?

—No sé... Estuve en América tres años y medio sin ver toros. Entonces es cuando creo yo que me enfrié... Cuando fui de nuevo espectador de la fiesta, tenía ésta otro aspecto. Quizá fuera que me resultara muy nueva y que yo me encontrara demasiado viejo. Lo cierto es que no veía más que el peligro. Ahora, sólo de pensar que torear diestros a los que conozco, paso unos sustos tremendos.

—¿Y aquella historia de la pata de la silla?...

—Es tal como se la contó a usted el Gallo. Yo le había visto una faena indescriptible en Valencia, que empezó sentado en una silla. Un palo de esa silla, en el que Ricardo Marín había dibujado todo el proceso del primer pase, desde que Rafael se sentó hasta que la silla voló por el aire. Tiempo después, en Méjico, el "divino calvo", en una noche en que se celebraba mi beneficio, me regaló ese palo, que tenía en gran aprecio, y que podemos llamar histórico.

—¿Ha evolucionado el público?

—Extraordinariamente. Por lo pronto, ha aumentado en proporciones gigantescas, hasta permitir negocios taurinos de la amplitud de los actuales, en los que se barajan cifras extraordinarias. Lo que había antes eran minorías muy entendidas. Y anote usted, como



cosa curiosa, que los que más sabían de toros iban a andanada. Yo recuerdo como espectadores de esta localidad a Benavente, a Reguera, al Alfombrista...

—Para usted, ¿ha sido el Guerra el mejor torero de todos los tiempos?

—Es muy arriesgado. Sí me atrevo a afirmar que en su época nadie hubiera podido hacer lo que él. La competencia con el Espartero no existió en realidad, sino en el interés de cronistas y empresarios por enfrentarlos. El Espartero era valiente hasta la temeridad. Pero el Guerra era... el Guerra. Por cierto que el Espartero no sabía torear más que con la izquierda. Con la derecha se encontraba torpón y no sabía qué hacer con la muleta. También mataba entregándose. En esto de matar, uno de los casos más chocantes fué el de Fuentes. A Fuentes le cogió un toro al descabellar y lo dejó cojo. A partir de entonces, aprendió a clavar la espada, y los mataba a todos contra querencia.

—Y del toro actual, ¿qué me dice usted?

—No puedo opinar mucho, porque ya no soy un espectador asiduo como antes, y cuando voy a la Plaza, paso muy malos ratos y sufro mucho. Para mí, los toreros, con toros pequeños, están tan en peligro como antes; pero también creo que con los toros de antes no se podrían hacer las cosas que se hacen ahora. Aquellos toros de Veragua, de Miura, de Saltillo, de Vicente Martínez... ¿Y los Palhas? La primera vez que se lidiaron Palhas trajeron de cabeza a Lagartijo y a Frascuelo, y los mató... Juan Molina, a fuerza de capotazos. Muchos críticos, al día siguiente, al hablar de los matadores, incluyeron entre ellos a aquel gran peón que fué el hermano de Lagartijo...

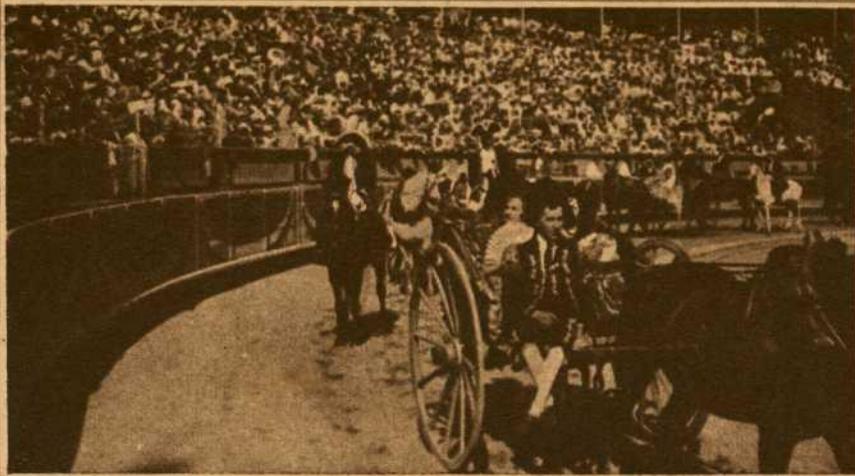
La conversación con don Ricardo Calvo llega al final.

Amablemente, con su cálida voz, ha ido dándonos su opinión sobre las cosas de toros que él vió. Las de entonces —Lagartijo y Frascuelo—, las de ayer —Belmonte y Joselito— y las de hoy.

Ahí queda, pues, su certera visión sobre la fiesta.

A nosotros nos resta darle las gracias.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Las calesas desfilando por el ruedo. Una de las más bellas estampas de las corridas goyescas



Las cuadrillas haciendo el paseillo con el brillo y colorido de sus galas goyescas

CORRIDAS GOYESCAS

La que se celebró en Zaragoza el 12 de mayo de 1927, fué en la conmemoración del primer centenario de la muerte de Goya
CONSTITUYO UNO DE LOS ESPECTACULOS MAS SUGESTIVOS Y BRILLANTES QUE FIGURAN EN LOS ANALES DE LA VIDA ZARAGOZANA

EN el año en que entramos, 1946, se cumple el segundo centenario del natalicio de Goya.

Con este motivo, Zaragoza se apresta a celebrar la fecha con toda la solemnidad y ya está en funciones la Comisión ejecutiva que ha de disponer los festejos, que tendrán lugar durante la gran «Semana de Goya», prendida como un bello tapiz de la época del incomparable pintor entre los días 16 y 23 de mayo.

Entre los festejos no faltará una corrida al estilo de aquellos tiempos en que don Francisco el de los Toros era un aficionado de los más entusiastas; afición arraigada, consecuencia lógica de los pujos de lidiador que tuvo en sus mocedades el glorioso pintor de Fuendetodos.

El solo anuncio de la Corrida Goyesca que está por celebrarse nos trae a la memoria el recuerdo de aquella otra memorable que se celebró, también en Zaragoza, el día 12 de mayo de 1927, organizada por la Junta del primer centenario de la muerte de Goya.

Aquella Junta organizó otra corrida del mismo tipo en el año siguiente; pero la auténtica goyescas, la que quedó plasmada en los anales de la vida zaragozana como un cuadro más, luminoso y espléndido, salido de los pinceles de don Francisco, fué la del 12 de mayo de 1927, que es la que vamos a evocar.

Aquel día el sol no quiso regatear su concurso, y como un majo más iluminó a Zaragoza sin tasar sus rayos. El Moncayo, suspenso de admiración por lo que iba a ocurrir, no alentó. Así estuvo de quieta y transparente la atmósfera.

Las horas que precedieron a la corrida fueron de animación extraordinaria en el centro de la ciudad. Y cuando llegó el momento de ir a la Plaza, el Coso, plaza de España y calle del General Franco, rebosaban de gente.

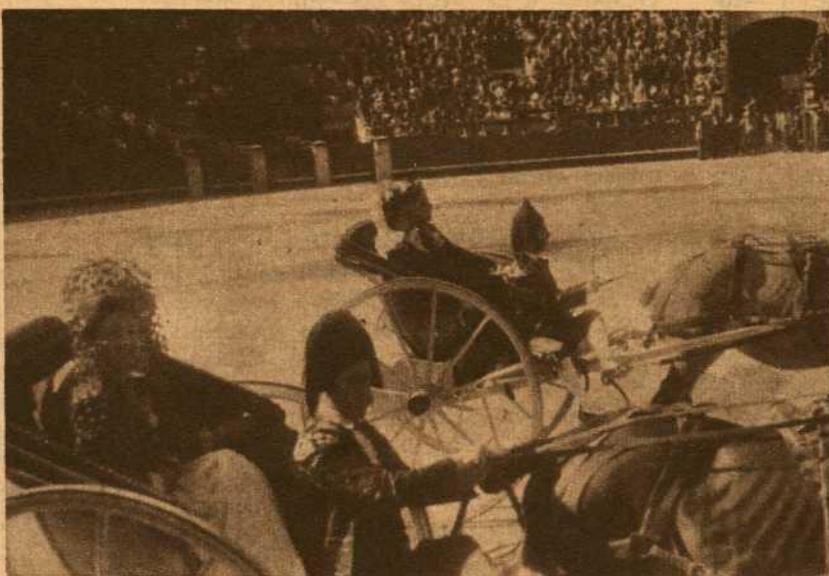
La carrera resultó insuficiente para el número de coches y automóviles que por ella desfilaron, y la circulación forzosamente tuvo que ser lenta y de verdadero agobio, a pesar de las medidas previsoras dictadas por la Alcaldía. El paso de las presidentas ocupando las calesas cedidas por el Ayuntamiento de Madrid, acompañadas de comitiva lucida de toreros, majos y chisperos, marcó un reguero de piropos y aplausos.

Y luego, la Plaza, rebosante de público, luciendo lujos y pimpante adorno a base de guirnaldas y tapices. En la arena, reproducido con serrín de colores, el Goya del sombrero de copa.

Muchas mujeres en la Plaza, ataviadas con toda lindeza. Infinidad de mantones de Manila.

En la presidencia, el alcalde de Zaragoza, don Miguel Allué Salvador, y acompañándole, el de Huesca, el de Fuendetodos y el teniente alcalde de Teruel.

Comenzó el desfile. A la cabeza de la comi-



Otro momento del desfile de las calesas

tiva, tres alguacilillos. Les siguieron los señores Coyne y Sans Tarongi, vestidos de garrochistas de la época, que luego corrieron la llave. Dos caballeros a la federica. Tres calesas con las presidentas y chisperos. El rejoneador Simao da Veiga, con sus caballos de repuesto, conducidos del diestro por majos. Los tres matadores vestidos a usanza antigua. Rafael el Gallo, en el centro; a su derecha, Pablo Lalanda, y a su izquierda, Nicanor Villalta. El novillero Vicente Peris. Cuadrillas de a pie y a caballo. Mulillas. Y cerrando la comitiva, grupo de majos y chisperos.

Mientras el desfile, la Banda Provincial interpretó selecciones del *Barberilío de Lavapiés* y *Pan y Toros*.

En el palco de la Diputación tomaron asiento las bellas presidentas: Lucy Zuloaga (hija de don Ignacio), Carmen de San Cristóbal, Rita María Tapiador, Nati Cortés, Paquita Coarasa, Gloria Vicente Gella, Alicia Mainar Egea y Pilar Cano.

Simao da Veiga cumplió toreando a caballo dos toros de don Vicente Martínez, que fueron muertos por el novillero Vicente Peris.

La lidia ordinaria se celebró también con toros de

la misma vacada, que fueron terciados, finos y recogidos de cabeza. En la pelea resultaron sosos y aplomados.

Tomaron, entre los seis, veinte puyazos, causaron nueve tumbos y mataron dos jacos.

Rafael el Gallo estuvo mal en su primero, y en su segundo recibió un aviso. Lució alguna de sus famosas genialidades.

Pablo Lalanda, muy voluntarioso, fué ovacionado en sus dos toros.

Villalta, en el tercero de la tarde, dió una magnífica estocada. Se le premió con ovación, oreja y vuelta al ruedo.

El último toro de la tarde fué fogueado. Villalta lo despachó prontamente.

Terminada la corrida, las calles de la ciudad se llenaron nuevamente de público.

La estampa evocadora de los tiempos del glorioso pintor volvió otra vez a mostrarse en la calle con toda su fuerza expresiva.

ANTONIO MARTIN RUIZ



Nicanor Villalta después de haber alcanzado un gran éxito en una de las corridas goyescas



**Balsamo
Hazul**

**UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL.**

Censura sanitaria
num. 3979

**QUEMADURAS · GRANOS · ULCERAS · HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS**

¡Para la sombra y el

SOL!!!



Parece ser que en Méjico han retirado los carnets de profesionales a algunos toreros que demostraron no poseer condiciones para ejercer el arte de Cúchares. Nos parece bien la medida, pero recomendamos un poco de manga ancha, porque, de lo contrario, ¿quién va a torear?

Juanito Belmonte ha salido para Lima. Dicen que tomará en Lisboa el "Clipper" para trasladarse así a la capital peruana.

Como ya sabemos lo que les pasa a los toreros con las plazas de este avión, deseamos de todo corazón a Juanito que no tenga que hacer al fin la travesía a nado.

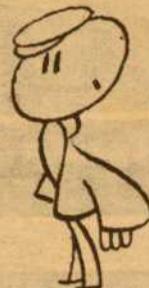
A Balafía, comenta otra noti-

BURLADERO

cia, no le han vendido toros del campo de Salamanca. Pero, ¿ha habido toros alguna vez en Salamanca?

Parece ser que los empresarios de toros de las Plazas andaluzas están tratando de unirse, con objeto de defenderse de los abusos en los contratos.

Una pregunta ingenua: Y el público, ¿cuándo se une?



En Méjico se ha solicitado, de las autoridades, que desaparezcan los estoves de madera o aluminio.

Y es que ellos piensan que, después de Reyes, ya no están de moda los juguetes.

Antiguamente —allá por el año 1895—, una Plaza de toros rentaba mil pesetas anuales.

Que viend a ser, poco más o menos, lo que cuesta hoy solamente una localidad de barrera.

Eso, sin contar la almohadilla.

El toro del porvenir



A nosotros nos gusta de vez en cuando pisar la noticia. Hoy, después de amplia conferencia con un entendido, hemos logrado de él mismo esta fotografía.

Es nada menos y nada más que el toro del porvenir. Aun, naturalmente, no ha acabado de cuajar; pero tampoco hay que pedir demasiado.

Está, como quien dice, en los primeros pasos. Unos años más de práctica, y, antes de lo que muchos esperan, le veremos aparecer por la puerta de toriles.

Y los toreros, frotándose las manos.

Cada siete días una vara

LOS TOREROS BAILARINES

Se nos fué hace dos temporadas el gitano Cagancho. Salió para torear en Méjico unas corridas y volver acá con unos pesos más. Pero hay barcos que no vuelven, y eso le ha pasado al genial torero calé.

Allí se ha enredado en otras actividades, tales como interpretar películas, y no encuentra el hueco para volver a sus lares.

Todo esto es sabido. Y si nosotros lo decimos es porque consideramos conveniente hacer un poco de historia, ya que ahora nos quieren descubrir a Joaquín Rodríguez los del otro lado del Atlántico.

Decimos esto porque hemos leído una noticia en la que se da cuenta de las dotes excepcionales de Cagancho como bailarín flamenco, destapadas —según ellos— en una fiesta en la que actuó también la llorada bailarina Encarnación López, La Argentinita.

Y claro está, como aquí nos la sabemos toda, y de Cagancho no van a venir a enseñarnos los de fuera, nos da mucha rabia que quieran dárselas de descubridores aquellos señores que al fin y al cabo acaban de conocer, casi, al gitano.

Porque en todas las plazas de España estamos hartos de ver bailar a Joaquín Rodríguez, Cagancho. Y con mucha gracia. Y no lo hemos dicho.

Como tampoco hemos hecho mención que entre el resto de los coletudos hay un porcentaje muy elevado capaces de interpretar el ballet «Clamor brujo» ante los cuernos de cualquier becerro.

Una anécdota cada semana

Redondo y los naranjeros

CORRIA el año 1845 y era la víspera de San Juan, fiesta que, según antigua costumbre, se celebra en Chiclana corriendo por las calles de la ciudad un toro enmaromado. Aquella noche, los taurinos habían empezado temprano a celebrar el Santo, y la juerga terminó en casa del tío Perico Cueto. Iban Redondo, Nicolás Baró, Paquirrillo Bocanegra y el gitano apodado el Bombo. Al Chiclanero, que había bebido más de la cuenta, se le ocurrió ir en busca del toro que al día siguiente se había de correr, el cual se encontraba en el matadero del pueblo, cuyas tapias eran fáciles de escalar.

Y como lo pensó Redondo se hizo. Se enmaromó a la res, con las debidas precauciones; se recorrió el cerrojo y se lanzaron por las calles, armando gran escándalo y dando más de un susto a los pacíficos transeúntes que se retiraban a dormir.

Cuando al fin se cansaron del juego, en vez de encerrar a la res, optaron por atarla a la reja de una casa situada en la carretera que pone en comunicación esta ciudad con la inmediata villa de Conil.

Al día siguiente, naranjeros y demás mercaderes que llegaban a Chiclana de madrugada para vender sus mercancías se encontraron con aquel centinela con cuernos que les cerraba el paso. Como consecuencia, y además de los sustos consiguientes, hubo arrieros lesionados, bestias despanzuradas y naranjas que, al decir de Bombo el gitano, volvieron a Conil por la *eletresidad*.

Y como final de la broma, Redondo y sus compañeros fueron encarcelados por algunos días.

Paquirro, que fué a visitarlos, le preguntó al Chiclanero qué había hecho a los pobres naranjeros. A lo que contestó José:

—Cosa sencilla: Embalarlos pa Pekín.



La directiva del Club Usera, organizadora del homenaje a don Luis Jiménez Guinea.



Grupo de la Peña que asistieron a la comida. Al lado del doctor Jiménez Guinea aparece el "Pirri".

EL DOCTOR JIMÉNEZ GUINEA Y EL "SEÑOR PIRRI"

El médico de los toreros fué obsequiado con una comida en el barrio de Usera

EMILIO Sangar tenía una deuda con el doctor Jiménez Guinea. Los lectores recuerdan la cogida que el Pirri sufrió en la primera corrida económica de la temporada otoñal. Cuando se conocieron las trayectorias de la cornada, parecía que aquel hombre no podía ser salvado de la muerte. El doctor dijo la verdad: su pronóstico era francamente pesimista. Pondría todos los medios a su alcance para curar a aquel modesto torero que había sido herido gravísimamente en una tarde sin sol, durante una corrida que tenía escaso interés. Pondría los medios a su alcance como si se tratara de salvar a la primera figura de la torería; haría lo que hace siempre.

Nos dijeron después de la corrida que el Pirri torea como peón hace ya catorce años; que no hay temporada que sume menos de treinta actuaciones. El Pirri, por entonces peón de Juanita Cruz, actuó a las órdenes de Manolete en la primera novillada seria que toreó el cordobés. A Manolete le dieron aquella tarde una oreja. La cortó el Pirri y se la entregó al matador. Era la primera oreja que se concedía a Manuel Rodríguez. El espada recogió el trofeo y dijo: "Gracias, señor Pirri".

Este "señor Pirri" toreó con muchos novilleros de cartel; toreó mucho y se encontraba en perfectas condiciones físicas cuando fué contratado para actuar en Madrid. Se aplazó la corrida en dos ocasiones. Cuando se celebró el festejo, el Pirri salió enfermo. Un constipado fuerte le hacía andar por el ruedo encogido y temeroso de que sus facultades estuvieran mermadas. Cuando le embistió el novillo no tuvo fuerzas para saltar al callejón. La cogida, en tales condiciones, era inevitable.

El Pirri estuvo nueve días luchando con la muer-

te. Su aliado en esta contienda terrible era Jiménez Guinea, y venció el doctor.

El "señor Pirri" no olvida lo que debe al doctor Jiménez Guinea. Quiso demostrarle de algún modo su grati-

novillero Alfonso del Toro, a la cabeza. El resto, menestrales y obreros que se sumaban al homenaje para agradecer al doctor lo que había hecho por uno de los suyos.

Se habían condimentado tres platos. Sobraron dos. Los callos que había hecho la Juliana eran un monumento gastronómico. Como ella, nadie, cuando se trata de dar una lección magistral de cómo se hacen los callos a la madrileña.

Luego, no hubo ánimos ni para dar cuenta de los postres. Y llegó la hora de los brindis.

El "señor Pirri" leyó unos versos. Sin duda tenía la composición de Emilio Sangar más de un defectillo de forma. De fondo, no. Por lo que respecta al fondo, los versos del banderillero eran tan buenos como los callos que había hecho la Juliana.

Hubo más brindis, en prosa y en verso, y cuando, para hablar, se levantó el doctor Jiménez Guinea, estalló una ovación.

El doctor contó el proceso de la curación de el Pirri, sus momentos de optimismo y sus horas de pesimismo. Se emocionó cuando relató lo que le había sucedido, cuando dijo a la esposa de Emilio que ya podía asegurarle que el herido se salvaba. Quedó suspensa la mujer, sus ojos se le anegaron en lágrimas y, sin acertar a decir nada, cogió una mano del doctor y la cubrió de besos. Aquellos besos le recordaron al doctor los que le daba su madre.

También los asistentes a la comida se emocionaron cuando Jiménez Guinea contó lo que le había sucedido con la esposa de Sangar. Uno rompió a aplaudir, le siguieron los demás, y no parecía sino que había allí centenares de personas enfervorizadas. Luego, a hombros de Sangar, Alfonso del Toro y algunos amigos de los toreros, salió el doctor Jiménez Guinea a la calle.—B. B.



tud. Y le invitó el pasado sábado a una cena. El "señor Pirri" eligió los locales que la Peña taurina Manolo Escudero tiene en el barrio de Usera. Nada de entremeses y platos de nombres raros. Tres platos de verdad; el primero, callos a la madrileña.

El doctor Jiménez Guinea llegó al barrio de Usera en su automóvil, acompañado por dos de sus ayudantes. Treinta comensales le esperaban. El "señor Pirri", con el

La presidencia, en la que figuran Emilio Sangar y Jiménez Guinea. (Fots. Baldomero.)



Emilio Sangar ha brindado por el doctor Jiménez Guinea después de pronunciar unas palabras.





Rematando un quite



Toreros célebres: Fausto Barajas.

MARCA
SEMANAL DE
FOTOGRAFIA